

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Guerra de salón

Tío Charlie le dice a Brigitte que saben positivamente que el general Alcázar, de Honduras, ha lanzado sus quinientos mil hombres contra el ejército del general guatemalteco Nemesio Lucientes. Aunque no se sabe que haya ninguna guerra en Guatemala ni en Honduras.



Lou Carrigan

Guerra de salón

Brigitte en acción - 191

ePub r1.0
Titivillus 27-10-2017


PROYECTO SCRIPTORIUM * EX-LIBRIS
Titivillus tu culpa est

Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

—La cosa es simple —dijo Brigitte Montfort—: jaque mate.

—¿Cómo, jaque mate? —aulló Frank Minello.

—Ya ves —sonrió ella, señalando el tablero de ajedrez con un dedito—. La cosa no puede estar más clara.

Minello comenzó a mesarse los cabellos, contemplando hoscamente la disposición de las piezas. Desde luego, no hacía falta ser un genio para comprender que estaba completamente acorralado. Es decir, lo estaba su rey.

—Maldita sea… Ya sabía yo que jugar con las negras me traería mala suerte…

—No es mala suerte —rechazó ella—. Lo que pasa es que como en todas las cosas, también eres un atolondrado en ajedrez. Pero hombre de Dios…, ¿no veías que te estaba lanzando toda la caballería encima? Si hasta un niño se habría dado cuenta.

—Bueno, bueno, no hace falta que hundas la lanza hasta el fondo, ¿sabes, preciosa? A fin de cuentas… Sí, todo tu ataque está apoyado por este caballo.

—Lo dicho: te he echado la caballería encima… y voy a celebrar mi victoria bebiéndome otra copa de champán con guinda. ¿Tú quieres también?

—Bueno, sí… Pero me parece que estás cantando victoria antes de tiempo, Brigitte.

La bellísima parpadeó. Y fue como si las puertas del mismísimo cielo se cerrasen y se abriesen, lanzando destellos de maravillosa luz azul.

—¿Antes de tiempo? —murmuró.

—Eso he dicho —sonrió astutamente Minello.

—Pero… te estoy haciendo jaque, ¿no?

—En efecto.

—Entonces… no comprendo cómo puedes decir que… ¡Pero si

no tienes escapatoria, Frankie!

—¿Eso crees? Bueno, pues fíjate en lo que te digo: me voy a comer ese caballo tuyo que es el que ha dirigido todo el ataque… ¡El muy maldito! Pero va a durar poco: ¡me lo voy a comer!

—No es posible… ¡No es posible!

—Es perfectamente posible —insistió Minello—. No obstante, para que veas mi magnanimidad, todavía te voy a dar la oportunidad de retirarlo, de cambiar la jugada.

—¿Cambiar la jugada? ¡Qué tontería! Está bien así… ¡Pero, hombre, si te estoy haciendo jaque mate!

—Te concedo un minuto para pensarlo… Solamente un minuto. Es la mejor oportunidad que te habrán dado en la vida.

Brigitte Montfort se rascó graciosamente la punta de la naricita. Estaba atónita… Atónita y preocupada, desde luego. Si lo que decía su querido amigo Frankie respecto a comerse aquel caballo era cierto, significaba ni más ni menos que su poder de concentración estaba en total decadencia.

Había que pensar. Había que pensar mucho, mucho, mucho.

Y mientras ella pensaba, Frank Minello se daba el gran atracón de belleza de su vida, contemplando a su antagonista en el campo de batalla de sesenta y cuatro cuadros. Porque, sin lugar a la más diminuta duda, contemplar a la señorita Montfort a menos de un metro de distancia era todo un lujo. Y valía la pena contemplarla aunque fuese a larguísima distancia utilizando telescopio. Era como una figura perfecta, hecha de oro y de seda. Era la perfección física hecha mujer. Delicada, elegante, señorial, no había en ella el menor detalle imperfecto: cabellos negros, largos, suavemente ondulados; boquita sonrosada, fresca, tierna; orejitas encantadoras; un hoyuelo vertical en la deliciosa barbilla… Sus manos eran como delicadísimas flores, sus hombros brillaban como auténtica seda con tonalidades de oro… Bueno, si acaso, los ojos eran un poco defectuosos, en el sentido de que no parecían reales: ¡eran tan grandes, tan bellos, tan llenos de luz, de inteligencia…! No parecía posible ni admisible que pudiese haber alguien con tales ojos en todo el mundo.

Y sin embargo, allí estaba ella. La más dulce, hermosa y divina criatura que se pudiese soñar.

Sólo que, además de todo eso, y de ser una periodista famosa en

el mundo entero, la señorita Montfort tenía otra preocupación que, en realidad, ocupaba la mayor parte de su tiempo: espía… La más astuta, peligrosa, audaz, implacable espía de todos los tiempos, oficialmente al servicio de la CIA, pero realmente al servicio de todo aquel que fuese amigo de la paz mundial. Con el sobrenombre de Baby, la señorita Montfort era la pieza más codiciada por todos los servicios de espionaje del mundo. Su cabeza valía quince millones de rublos para los rusos, cinco millones de dólares para los chinos…

—Señorita —apareció Peggy, su fiel doncella, en el salón del lujoso apartamento—: el señor Pitzer.

Ella alzó la cabeza, como sobresaltada.

—¿Eh? ¿Qué?

—Acaba de llegar el señor Pitzer.

—¡El viejo buitre calvo! —exclamó Minello—. ¡Dile que no hay nadie en casa, Peggy!

—Que pase, Peggy —autorizó Brigitte.

Volvió a sumirse en la contemplación de la partida. Lo que decía Frankie no podía ser, desde luego… ¿Cómo había de comerse el caballo? Precisamente, era la pieza más segura…

—Buenas tardes —oyó la voz de Pitzer.

—Hola, tío Charlie —saludó sin mirarle—. Siéntese por ahí; en seguida le atiendo.

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de Nueva York de la CIA, no se sentó. Se acercó al tablero, simulando no reparar en la presencia de Minello, y se quedó mirando la disposición de las piezas. Sacó su pipa, se la puso entre los dientes, frunció el ceño, y dijo:

—Es jaque mate.

—¿Verdad que sí? —Lo miró vivamente Brigitte.

—Segurísimo.

—Usted se calla, mofeta viuda —masculló Minello—. ¿Aún no ha aprendido que las partidas de ajedrez se juegan entre dos personas nada más?

—Pero si está clarísimo —gruñó Pitzer.

—Pues Frankie dice que va a comerme el caballo —murmuró Brigitte, cada vez más preocupada.

—Imposible.

—¿Imposible? —rió Frank Minello—. Bueno: ¿se apuesta usted

veinte «pavos», gorila enano?

El ceño de Pitzer se frunció aún más, se concedió unos cuantos segundos para asegurarse de la jugada y luego, sin más, sacó dos billetes de diez dolares y los puso junto al tablero. Frank Minello sacó un billete de veinte dólares y lo dejó sobre los dos de Pitzer. Brigitte miró a uno y a otro, vaciló, y por fin dijo:

—Nada… Que no cambio mi jugada, caramba… Yo digo jaque mate y dejo ese caballo donde está.

—No digas que no te he advertido, me como tu caballo. Y a ver quien dice que no me lo como.

Lo cogió con dos dedos, se lo metió en lo boca, y apretó las mandíbulas. Se oyó el crujir de la pieza dentro de la bocota de Minello, y éste, muy satisfecho, miró a Brigitte y a Pitzer que le contemplaban como alucinados.

—Desde luego —farfulló Minello, sin dejar de masticar—, prefiero langosta a la americana, pero… Bueno, me tomaré una ración con los veinte dólares que acabo de ganarle al viejo buitre de las alas roñosas…

Puso una de sus manazas sobre los billetes y, mientras Pitzer enrojecía de ira, los hizo desaparecer en uno de sus bolsillos.

—¡Este tipo está chiflado! —estalló Pitzer—. ¡Devuélvame mis veinte dólares!

—¿Qué le pasa? ¿No sabe perder?

—¡Traiga acá mi dinero, gorila sin seso, o…!

—¿O qué? —Se puso en pie Minello, agresivamente—. ¿Eh? ¿Qué me va a pasar si no le devuelvo su dinero, eh? ¡Lo he ganado! ¡Y quisiera conocer al guapo que me impide gastármelo esta misma noche en langosta a la americana!

—Usted, Minello, me está…

—Siéntese, tío Charlie —pudo decir Brigitte, sin dejar de reír, divertidísima—. ¡Y no me diga que no vale la penas pagar veinte dólares por ver comerse un caballo… de madera!

La expresión de Pitzer cambió. Se tornó maligna. Se sentó, por fin, y se quedó mirando a Minello, que dejó de masticar y miró a ambos, aterrado.

—Hey… No estarán esperando que me coma todo el caballo, ¿verdad?

Ni Brigitte ni Pitzer contestaron. Pitzer siguió mirándolo

fijamente, malignamente. Brigitte se limitó a tenderle a Frank una copa de champán, diciendo:

—Te pasará con esto, querido.

—Pero… ¡es todo un caballo… de madera!

—Buen provecho —rió la divinísima espía.

—Crees que no soy capaz, ¿no es eso?

—Por el contrario —negó ella—; estoy convencidísima de que eres el más cabezota y bruto de mis amigos. ¿Prefieres leche en vez de champán?

Pitzer sonreía, cada vez más malignamente. Y sin duda fue eso lo que decidió en definitiva a Minello. Sus poderosos dientes convirtieron en pulpa la pieza de ajedrez, la tragó, se bebió la copa de champán y se dio una palmadita en el vientre.

—Exquisito —dijo—. ¡Exquisito! ¡Zambomba, me voy a hacer adicto a la carne de caballo!

—Si será animal… —masculló Pitzer.

—¿Quién? —rió Brigitte—. ¿El caballo?

Desde el umbral del salón, Peggy contemplaba con expresión desorbitada a Minello, que parecía de lo más satisfecho. Volvió a darse unas palmaditas en la panza, se sirvió más champán, se sentó, encendió un cigarrillo y suspiró. Luego miró a Brigitte, le hizo una cómica seña hacia Pitzer y le guiñó un ojo, con lo que la preciosa criatura arreció en su risa, a la que ya se había unido la sirvienta.

—Ojalá se le indigeste —farfulló Pitzer—. Y ahora, si ya ha dejado de hacer el payaso como siempre, adiós, Minello.

Éste le dirigió una astuta mirada.

—El muy canallita —susurró. ¡Ya viene otra vez a privamos de la compañía de Brigitte! ¿Y qué, espía momificado? ¿A dónde la va a mandar esta vez? ¿Alaska, Patagonia, Tíbet…?

—A usted no le importa esto, así que… ¡lárguese!

—No señor. Yo no me largo: me quedo.

—¡Usted se…!

—Vamos, vamos, tío Charlie —intervino Brigitte, todavía riendo —. Ya sabe que aunque sea un bruto, Frankie es digno de toda confianza. ¿Qué es lo que ocurre esta vez para que usted venga aquí?

—Ha estallado la guerra —soltó abruptamente Pitzer.

La risa de la espía se cortó en seco. Su rostro perdió el bonito

color de oro, y en su boquita hubo una crispación fugaz.

—¿Qué dice?

—Ha estallado la guerra.

Minello y Peggy ya no miraban a Pitzer y a Brigitte, sino solamente a ésta. Sabían perfectamente lo que la afectaban las guerras, por «pequeñas» que fuesen. Si algo odiaba realmente la espía internacional eran las guerras.

—Pe-pero…, ¿qué… qué guerra? —tartamudeó.

—Entre Guatemala y Honduras.

—¡Dios…! —Palideció más Brigitte—. ¿Cómo ha sido? ¿Qué ha podido pasar? Y… y… ¿por qué, cuándo…?

—Ignoramos los motivos, pero sabemos que se iniciaron las hostilidades a las once de la mañana en punto.

—Santo cielo…

—Pues yo no he leído nada en los periódicos esta tarde antes de venir aquí —dijo Minello.

—Sin embargo —le miró un instante Pitzer—, sabemos de buena fuente que el general Alcázar, de Honduras, ha lanzado sus quinientos mil hombres contra el ejército del general guatemalteco Nemesio Lucientes.

—¿Qué barbaridad? —Sé aterró Minello.

—¿Quinientos mil hombres? —Se pasmó Brigitte—. Debe usted confundirse, tío Charlie.

—No. La información es incuestionable: quinientos mil hombres.

—Pe-pero… si no existe semejante ejército en Honduras, tío Charlie… Todo lo más, tendrán ocho o diez mil hombres… ¿Cómo han podido enviar a la guerra quinientos mil soldados si en todo el país solamente puede haber diez mil como máximo?

—No lo sé. Tampoco sé que haya ninguna guerra entre Guatemala y Honduras. Al menos, nuestros hombres allá aseguran que no hay soldados sobre las armas en ninguno de los dos países… Todo está en calma y en paz.

—Oiga —lo miró aviesamente Minello—: ¿pretende tomarnos el pelo?

—¿Es una broma? —exclamó Brigitte—. ¿Es una broma tonta, tío Charlie?

—Ni yo mismo sé lo que es —refunfuñó Pitzer—. Lo que sí sé es que no hay el menor signo bélico ni en Honduras ni en Guatemala.

Nada, paz absoluta. Sin embargo, no hace ni tres horas se ha recibido en la Central un mensaje procedente de nuestro principal hombre en Honduras, concretamente en Tegucigalpa… ¿Quiere usted leer el mensaje? Es textual.

—No entiendo nada de nada… ¿Hay o no hay guerra?

—No hay el menor movimiento bélico. Pero, por favor, lea el mensaje que, como le digo, es textual.

Sacó un sobre y lo tendió a la estupefacta Brigitte, que sacó de su interior una hoja de papel. Minello se apresuró a sentarse en un brazo del sillón de la espía, de modo que ambos pudieron leer el contenido del mensaje, claramente mecanografiado en la Central una vez descifrado.

Decía:

HA ESTALLADO LA GUERRA ENTRE HONDURAS Y GUATEMALA. EL GENERAL HONDURENO PORFIRIO ALCÁZAR HA LANZADO QUINIENTOS MIL HOMBRES CONTRA EL EJERCITO GUATEMALTECO, AL MANDO DEL GENERAL DE ESTE PAÍS. NEMESIO LUCIENTES. SEGUIRÁN MAS NOTICIAS.

P. C.

—¿Qué significan las letras P C? —preguntó Minello.

—Son las iniciales de nuestro jefe en Honduras.

—Pero… pero no lo entiendo —dijo Brigitte—. ¿En qué quedamos? ¿Hay guerra o no hay guerra?

—Ya le he dicho que no hay el menor movimiento militar ni en Honduras ni en Guatemala —insistió Pitzer.

—Entonces…, ¡esto es una broma! —decidió Minello.

Brigitte y Pitzer se quedaron mirándolo fijamente. Luego, se miraron ellos, y Brigitte preguntó:

—¿Lo es, tío Charlie? ¿Es una broma?

—A mí, usted lo sabe bien, no me gustan las bromas. En cuanto a nuestro agente P. C., dudo mucho que haya tenido el humor suficiente para enviar esta clase de broma a la Central.

—¿Está usted seguro de que no hay el menor indicio de esa guerra?

—Absolutamente seguro.

—Bueno… Esto es absurdo. Tiene que ser una broma, sin duda…

—P. C. nunca ha bromeado. Vamos, vamos, Brigitte, parece mentira que usted piense semejante cosa.

—Pero bueno, ¿cómo quiere usted que entendamos esto? —Masculló Minello—. Hay guerra, no hay guerra, hay guerra, no hay guerra, hay guerra…

De pronto, Brigitte se quedó mirando de nuevo fijamente a Charles Alan Pitzer.

—¿No se han recibido más noticias de P. C?

Pitzer bajó la mirada y se mordió los labios.

—Ni una sola noticia más —murmuró.

—¿Y no tenemos más hombres allí, más… Simones?

—Hay más. Ninguno de ellos sabe nada sobre P. C. Digamos que ha… desaparecido.

Brigitte Montfort, alias Baby, palideció una vez más y bajó la mirada hacia el panel en el cual se anunciaba una guerra… que no existía. Y Minello, esta vez, comprendió perfectamente aquella palidez: si algo apenaba profundamente a la espía internacional era la desaparición de un agente de la CIA, de un Simón, como ella llamaba a todos sus compañeros. Una desaparición, en la mayoría de los casos, significaba una muerte.

—Está bien, tío Charlie… ¿Lo ha traído?

Pitzer asintió con la cabeza, sacó otro sobre y lo tendió a Brigitte. Ella sacó de su interior el pasaje de avión, y le echó un vistazo. Luego, miró a su doncella.

—Peggy: equipo completo para Honduras. En seguida, por favor. El avión sale dentro de dos horas y media.

—¿Te vas a Honduras? —Respingó Minello.

—Sí, Frankie: a Tegucigalpa, concretamente.

—¡Yo también quiero ir!

—No hay más que un billete —gruñó Pitzer.

—¡Pues yo quiero ir con Brigitte, así que…!

—Tranquilízate —dijo ella—. Ya ves que sólo disponemos de un pasaje, Frankie.

—¡Pues yo…!

—Quieres ir, está bien. Reúnete conmigo en Tegucigalpa en cuanto consigas pasaje… Me encontrarás fácilmente; sólo tienes que ir al mejor hotel de la ciudad y preguntar por mí. ¡Estupendo! —Se

frotó las manos Minello—. ¡Estupendísimo! ¡Ya tenía ganas de ayudarte en uno de tus trabajos!

Pitzer lo miró hoscamente y soltó un bufido, Brigitte miró de nuevo el último mensaje recibido de P. C, es decir, de quien para ella, de entonces en adelante, sería Simón-Tegucigalpa. Luego se puso en pie, dispuesta a prepararse para el viaje.

No sería ella quien perdiese aquel avión.

Capítulo II

El avión tomó tierra en el aeropuerto de Toncontin, a cinco kilómetros de Tegucigalpa, a las nueve y cuarto de la mañana siguiente, y los dos hombres, después de asegurarse de que era el que correspondía al vuelo que les interesaba, se dirigieron a la sala de espera.

Diez minutos más tarde, veían aparecer a la bellísima muchacha de los ojos azules, portando un maletín rojo con florecillas del mismo color que sus ojos, y llevando detrás a un mozo del aeropuerto transportando dos maletas.

—Ahí está —dijo uno de ellos.

Se fueron directos hacia la recién llegada pasajera y se plantaron delante, sonriendo.

—¿Eres prima Baby? —preguntó uno, en inglés.

Ella los miró y sonrió.

—¿Primo Simón? —exclamó alegremente.

Éste abrió los brazos y ella le abrazó a su vez. Luego hizo lo mismo con el otro, y después se quedó mirándolos alegremente siempre.

—¡No os habría reconocido nunca, nunca…! ¡Cómo habéis crecido!

—Pues, hijita, tú no te has quedado atrás, que digamos… ¿Has tenido buen viaje?

—Oh, sí.

—Estupendo… Iremos en seguida a casa. Tenemos un coche ahí fuera… Deme, nosotros nos cuidaremos del equipaje —se dirigió Simón en español al mozo.

Le dieron unos billetes, tomaron cada uno una maleta y se colocaron a ambos lados de la recién llegada «Prima Baby». Los tres, muy sonrientes, salieron del aeropuerto, fueron hacia el estacionamiento de coches, colocaron las maletas atrás y,

finalmente, ocuparon los asientos, la primita Baby atrás, junto a Simón II. Para entonces, ninguno de los tres mostraba el menor vestigio de sonrisa ni de alegría.

—¿Ninguna noticia? —susurró ella.

—Ninguna. Como si se lo hubiese tragado la tierra.

Ella asintió con la cabeza, sombría.

—¿Y qué hay de esa guerra?

—¿De qué guerra? —masculló Simón I, poniendo en marcha el coche.

—Nada de nada —remachó Simón II—. Estamos viviendo en la más completa paz. Bueno, siempre hay pequeños cosillas de gente disconforme, con o sin razón, pero de guerra, ni hablar.

—Sin embargo, alguno de ustedes debió estar con… Simón cuando él envió el mensaje a la Central informando sobre esa guerra que había estallado.

—Yo estaba de turno en la radio —asintió Simón II—. Por eso hemos decidido que era conveniente que formase parte de la recepción a usted. Pero —añadió rápidamente— todas las preguntas que me haga al respecto, sólo tendrán una misma respuesta: *no sé nada…* Es decir, puedo darle algunos pequeños detalles sobre el asunto, pero no nos conducirán a nada positivo.

—¿Qué detalles son esos?

—Veamos… Patrick vino a…

—Sin nombres, Simón: P. C. es solamente Simón-Tegucigalpa.

—Perdón —murmuró el espía—. Bien, Simón-Tegucigalpa vino a donde tenemos la radio y me dijo que teníamos que enviar una noticia. La conoce usted ya, supongo, así que se imaginará primero mi sobresalto, y luego mi sorpresa al enterarme de que, pese a la mencionada guerra, nada estaba ocurriendo. Para entonces, nada podía preguntarle a Simón-Tegucigalpa, pues él estaba ocupado en algo que ignoro… Ya no le hemos vuelto a ver. Pero, él sí me dijo de dónde había sacado dicha noticia cuando fue a enviarla por la radio; se la había proporcionado uno de nuestros colaboradores del país, un negro llamado Atanasio Morata…

—¿Qué clase de hombre es Atanasio Morata?

—Muy inteligente. Muy consciente, eficaz… Yo diría que es nuestro mejor colaborador nacional.

—¿Y de dónde sacó la noticia?

—A eso iba. Naturalmente, llamamos a Atanasio, en primer lugar para preguntarle por Simón-Tegucigalpa, pero nada sabía sobre él. La última vez que lo había visto fue cuando le pasó el informe sobre esa maldita guerra inexistente…

—Más maldita sería si existiese, Simón.

—¿Eh…? Sí, por supuesto, sí… Bueno, Atanasio no tenía noticia alguna sobre nuestro jefe, pero sí nos dijo de dónde había sacado la noticia: se la había proporcionado, a cambio de diez mil dólares, un sujeto llamado Santiago Pérez, un mestizo. Ahora, claro —añadió rápidamente Simón—, usted va a preguntarme que de dónde la sacó Santiago Pérez, ¿verdad? Bueno, pues cuando encontremos a Santiago Pérez, se lo preguntaremos.

—¿También ha desaparecido Santiago Pérez?

—Exactamente; voló, se hizo humo.

—Hemos elaborado una teoría sobre todo esto —murmuró el otro Simón.

—Me gustará escucharla.

—Pensamos que alguien se ha pasado de listo. Y creemos que ese alguien es Santiago Pérez.

—¿Qué quiere decir?

—Supongamos que Santiago Pérez sabía que Atanasio trabaja para nosotros. Le endosa una fantástica noticia a cambio de un dinero que paga la CIA, dispuesto a pegarse la gran vida y a divertirse de la broma. Pero, claro, Simón-Tegucigalpa no se toma a broma una posible guerra, envía la noticia a la Central y luego, al darse cuenta de que no hay nada de eso, va en busca de Santiago Pérez, ya que Atanasio le informó sobre el nombre de ese sujeto, de ese mestizo. Simón-Tegucigalpa encuentra a Santiago Pérez, le pide cuentas de la… broma, discuten, Pérez hiere o mata a nuestro jefe y, comprendiendo que eso le va a costar muy caro, pone tierra de por medio con los diez mil dólares… Por eso no encontramos ni a uno ni a otro.

—Bueno… Es una teoría con lógica, cuando menos, Simón —admitió Baby—. Podría ser, si no fuese porque dudo mucho que un sujeto cualquiera se atreva a tomarle el pelo nada menos que a la CIA.

—Ya hemos pensado en eso, claro. Pero no se nos ocurre ninguna otra explicación. Por supuesto, seguimos buscando a

nuestro jefe y a Santiago Pérez. En cuanto a Atanasio Morata, sabemos dónde encontrarlo en todo momento.

—O sea, que sólo queda a nuestra disposición el… intermediario de la noticia.

—Pues… sí. Sí, eso es…

—Vaya noticia —refunfuñó el otro espía—. Esto sí puede decirse que es algo nuevo en la historia del espionaje: agentes de la CIA movilizados por una guerra que no existe.

—Sobre eso no hay la menor duda, claro —murmuró Baby.

—Vaya, mujer… ¿Usted oye algún cañonazo, por ejemplo? Mire, estamos llegando a Tegucigalpa… ¿Ve usted gente corriendo, oye sirenas, ve bombarderos, oye aunque sólo sea un disparo…? Por todos los demonios; ¿le parece a usted que el ambiente corresponde a un país en guerra?

—Claro que no.

—En Guatemala todo está igual que aquí. Nos hemos informado, naturalmente, poniéndonos en contacto con nuestros compañeros de allá, que, dicho sea de paso, soltaron la gran carcajada cuando les hablamos de esta guerra fantasma.

Brigitte asintió con la cabeza y quedó pensativa mirando a todos lados. ¿Ambiente de guerra? Parecía, en efecto, una divertidísima broma. Coches, bicicletas, vendedores de fruta, puestos de helados… La hermosa avenida llena de palmeras estaba llena de gente que discurría plácidamente: negros, mestizos, indios, blancos… Paz, armonía, alegría en el ambiente.

—¿Qué hay respecto a esos dos generales, el guatemalteco y el hondureño? —preguntó de pronto.

—Podemos redactarle con toda facilidad las biografías de ambos, con toda clase de datos. Están a disposición de quien lo desee, en la biblioteca central, por ejemplo. Nemesio Lucientes, el general guatemalteco, es un hombre bien conocido en toda América Central. En cuanto a Porfirio Alcázar, el hondureño, es poco menos que un héroe nacional. ¿Quiere todos los datos sobre ellos?

—De momento, no… Pero me gustaría saber dónde están, qué están haciendo estos días…

—Pues nada más fácil, encantadora amiguita —masculló Simón II—. Los dos están viviendo tranquilamente aquí, en Tegucigalpa. Y son poco menos que vecinos. Porfirio Alcázar vive en un bonito

chalet sito en el número 1448 de la Avenida Independientes, y su buen amigo y colega, el general Nemesio Lucientes, vive en otro chalet parecido en el número 1614 de la misma avenida, a dos cuadras de distancia.

—¿El general Lucientes, el guatemalteco, vive en Tegucigalpa?

—Al menos, está pasando una temporada aquí. Llegó hace unas pocas semanas, fue recibido como se merecía por el general Porfirio Alcázar, etcétera… Se ven con frecuencia, se visitan, se les ha visto juntos paseando… ¿Una guerra entre ellos? No se lo diga usted a nadie, porque se desternillarían de risa ante sus narices.

—En verdad —sonrió desganadamente Brigitte—, este es el caso más asombroso de mi vida… Y claro está, resulta aún más asombroso si tenemos en cuenta que la noticia mencionaba que quinientos mil hombres de Porfirio Alcázar habían sido enviados contra el ejército del general Nemesio Lucientes.

—¡Quinientos mil hombres! —bufó Simón I—. Yo creo que no llegarían ni a diez mil contando la guardia nacional, los bomberos, la policía… ¡Quinientos mil hombres! ¡Bah!

—La población de Honduras —terció Simón II— es de unos dos millones. Muy poco más. ¿Cree que en una población de dos millones puede haber quinientos mil soldados?

—Nadie ha hablado de soldados, Simón.

—¿Qué dice…? ¿Qué?

—Nadie ha mencionado soldados. Al menos, no los mencionaba Simón-Tegucigalpa en su mensaje. Él decía quinientos mil hombres, no quinientos mil soldados.

El espía que conducía se volvió incluso, para mostrar su estupefacción a Brigitte con una mirada idéntica a la de su compañero, que por fin musitó:

—¿Qué quiere usted decir?

—Yo, nada. Sólo repito textualmente el contenido del mensaje de Simón-Tegucigalpa: hombres, no soldados.

—Vamos, vamos… ¿Supone usted que Honduras podría poner sobre las armas a quinientos mil hombres? Dudo que haya tantos en las condiciones adecuadas. Pero, además, ¿de dónde sacarían el armamento, por ejemplo? ¿De dónde saldría la oficialidad para mandar quinientos mil hombres? ¿Cómo…? ¡Oh, qué tontería estoy diciendo! ¡Claro que no puede ser!

Baby encogió los hombros.

—¿A qué se está dedicando ahora Atanasio Morata?

—A lo mismo que todos nuestros colaboradores: a buscar a Simón-Tegucigalpa y a Santiago Pérez. ¿Le parece bien?

—Sí, desde luego.

—Ajá. Bueno, hemos llegado: «Hotel América»…

—¿Es el mejor de toda Tegucigalpa?

—¡Por supuesto que sí!

—Entonces, lléveme a otro —sonrió imperceptiblemente la espía… Que sea bueno, pero que nadie pueda decir que es el mejor, ni siquiera compararlo con el «América».

—Pero nos avisaron de que…

—Lo sé. Y gracias a todos. Pero quiero otro hotel.

—Usted manda… El «Tecopeh» estará bien, supongo; es de los buenos, pero nadie diría que es el mejor.

—Adecuadísimo. Me imagino que tienen preparadas sus radios de bolsillo para estar en contacto conmigo en todo momento.

—Claro. Le diré una cosa: estamos llenos de curiosidad… ¿Cómo piensa enfocar esto, por dónde piensa usted empezar a trabajar, qué…?

—Todavía no sé cómo lo enfocaré. Lo que sí sé es que pienso empezar por tomar un baño. Luego dormiré tres horas y después almorzaré. Para entonces, quizá se me haya ocurrido algo.

—Ah. Bueno, está bien.

—¿Ocurre algo? —se sorprendió Brigitte.

—Pues… francamente, esperábamos un poco más de acción.

—Ya. En cambio, a mí me gustaría mucho más que no tuviésemos que hacer nada especial. Sería mucho mejor para todos que apareciesen Santiago Pérez y Simón-Tegucigalpa, nos diesen una convincente explicación…, y aquí no ha pasado nada. De momento, ya tenemos algo bueno, y es que no hay guerra de ninguna clase. Así las cosas de tranquilas, vale más tomarse las cosas con calma, buscar bien a esos dos hombres… y celebrar la paz con una buena botella de champaña… ¿No les parece?

—Tampoco eso está mal —admitió Simón.

Y se echaron a reír los tres.

Capítulo III

Hacia las cinco de la tarde, la señorita Montfort, que se había quedado con el coche de los Simones tras asegurar éstos que ellos podían disponer de otro sin la menor dificultad, había salido de su hotel, que, ciertamente, sin ser malo, jamás podría ser considerado como el mejor de Tegucigalpa.

Hacia las cinco y diez, detenía el coche en una calle, según el plano de la ciudad conseguido en el hotel, estaba detrás de la Avenida Independientes.

Luego, a pie, se dirigió hacia esta avenida y buscó la numeración que le interesaba.

Tardó muy poco en divisar el número 1488, que, en efecto, correspondía a un bonito chalet… custodiado por soldados. Desde lejos, después de pasar por delante, se quedó contemplando el lugar que no podía tener un aspecto más pacífico y alegre. Había muchas flores en aquel jardín y cocoteros. Incluso, al pasar por delante, había percibido el aroma de la *Ananas sativas*, la agradable piña americana.

Y eso era todo, en realidad: una bonita casa bastante grande, un jardín, aroma de piñas… Y soldados. Una bien distribuida guardia militar, si bien, por otra parte, no parecían tomarse la cosa muy en serio.

«A fin de cuentas —pensó la divina espía—, ahí vive un general, de modo que no debería sorprender a nadie, ni siquiera a mí, que tenga una guardia de honor… Resulta vistoso… y muy marcial, por supuesto».

Se decidió de pronto. Fue hacia allá, llegó ante las verjas cerradas de la pequeña villa y, en el acto, el soldado más cercano a ella se le acercó.

—Perdón, señorita: no puede estacionarse aquí… Por favor, siga su camino.

—Es que… quisiera ver al general Alcázar —expuso tímidamente Brigitte—. Soy una periodista norteamericana y quisiera aprovechar mi estancia aquí para hacerle una entrevista.

—Su Excelencia no recibe a nadie, señorita. Lo siento.

—Pero… Bueno —sonrió—, es importante para mí. Tengo que conseguir algún artículo, y había pensado… Le aseguro que en mi artículo solamente se leerá lo que el general quiera que se lea.

El soldado vaciló.

—Espere allí —señaló el borde de la amplia acera.

Mientras ella iba a colocarse en el lugar indicado, el soldado tocó un timbre colocado detrás de las verjas. A los pocos segundos apareció el oficial a toda prisa. El soldado le estuvo murmurando la explicación a través de las verjas, mientras el joven oficial de guardia dirigía miradas inexpresivas a la periodista norteamericana. Por fin, asintió con la cabeza, abrió las verjas y le hizo una seña Brigitte, que se apresuró a acercarse. Entró y el oficial cerró las verjas.

—Tenga la bondad de esperar aquí, señorita.

—Sí, gracias.

Efectivamente, había piñas allí aunque pocas. No constituían, ni muchísimo menos, una plantación. A Brigitte siempre le había tentado plantar tomates, así que no debía sorprenderse de que al general Alcázar le gustasen las piñas, por ejemplo…

El joven oficial, que había entrado en la casa, reapareció muy pronto acompañado de un hombre de paisano, alto y fuerte, muy correctamente vestido, de unos cuarenta años, rostro ancho, basto, sólido, y cuyos anchos pómulos revelaban una ascendencia india, aunque seguramente muy lejana ya. El oficial señaló a Brigitte, y el hombre de paisano se acercó a ella, examinándola con curiosidad. Pero cuando se detuvo delante de la bella jovencita, su expresión era estrictamente cortés.

—Buenas tardes, señorita.

—Buenas tardes —ella le miraba con los ojos muy abiertos—. ¿Es usted el general Alcázar?

—No —el hombre sonrió muy agradablemente—. No, no. Soy solamente su ayudante de campo: coronel Juan Luis Valero, a sus pies.

—Oh… Bueno, gracias. Muy… muy amable, coronel Valero, pe-

pero yo… yo a quien quería hacerle una entrevista es al general…

—Lo lamento, pero eso es imposible.

—¿No está el general?

—Sí, está. Pero no puede recibir a nadie.

—¿Está enfermo, quizá?

—De ninguna manera. A Dios gracias, el general Alcázar disfruta de excelente salud.

—Ah… Pu-pues me alegro, sí… Bien, coronel Valero yo… yo tengo necesidad de hacer un artículo sobre el general, y había pensado…

—Señorita… señorita…

—¡Oh! Montfort… Brigitte Montfort, coronel.

—Es un placer, se lo aseguro… Pero, señorita Montfort, lamento tener que insistir en que el general no puede recibir absolutamente a nadie en estos momentos…

—¿Le parece bien que vuelva mañana? —intercaló ella rápidamente.

Juan Luis Valero sonrió con la máxima cortesía.

—Me temo que no puedo darle cita para ningún día y hora, por el momento. Por otra parte, voy a permitirme sugerirle que vaya a nuestra biblioteca central, en cuyos tomos de Historia tengo la certeza de que encontrará todos cuantos detalles precise sobre el general Alcázar.

—Ah… Sí, bueno, pero yo… yo había pensado que una entrevista personal podía ser más interesante más humana… No sé si me comprende usted, coronel.

—La comprendo perfectamente, pero, créame, es del todo imposible que el general la reciba. Lo siento de veras.

—Bien… Yo voy a permanecer en Tegucigalpa algunos días más… ¿No sería posible que…?

—Insisto en que ignoro cuándo podrá conceder audiencias el general, señorita.

La señorita Montfort suspiró profundamente, desilusionada, y dirigió una mirada hacia la casa y hacia los jardines. Una mirada que no parecía tener nada de particular.

—Está bien, coronel. ¿Se me permitiría, en cambio obtener algunas fotografías de la casa, del jardín, o de…?

—Absolutamente imposible.

—Oh, tengo mi propia cámara, desde luego. —Alzó ella un poco el maletín rojo con florecillas azules—. No molest…

—Imposible, señorita. No podemos evitar que tome usted fotografías totales de la villa desde el exterior, pero aquí dentro no está permitido de ninguna manera.

—Caramba, coronel —sonrió ella encantadoramente—, no me está usted facilitando mucho mi trabajo, ¿verdad?

—Créame que lo siento.

—En ese caso, no insistiré más. Gracias por todo y hasta la vista.

Juan Luis Valero parpadeó ante la rápida despedida y cuando pudo reaccionar fue solamente para dar un enérgico taconazo, inclinando la cabeza hacia la visitante, que ya se dirigía a las verjas. Éstas fueron abiertas por el oficial de guardia, que había permanecido a discreta distancia y, ya en la avenida, la señorita Montfort se volvió, saludó con la mano, sonriendo, y se alejó.

Dos minutos después, un tanto agitada la respiración, entraba en su coche, abría el maletín y sacaba el paquete de cigarrillos, tirando de uno de ellos y abriendo así el canal de la pequeña radio camuflada.

—¿Simón?

—¡Baby, he estado llamándola durante…!

—Tranquilícese. Me di cuenta de que la radio estaba llamando, pero no podía contestar. ¿Qué ocurre?

—Han encontrado a Santiago Pérez.

—¿El mestizo que facilitó la información sobre la guerra que no existe a Atanasio Morata? Estupendo… ¿Dónde está?

—¿Dónde está usted?

—¿Yo? Muy cerca del chalet del general Alcázar. He intentado…

—¿Sabe dónde está la iglesia de los Dolores?

—Mmm… Imagino que estará indicada en el plano-folleto de Tegucigalpa, así que podría encontrarla, naturalmente. ¿Qué es lo que está ocurriendo?

—La espero delante de la iglesia de los Dolores.

—De acuerdo.

Guardó la radio, recurrió al mapa para localizar el lugar de la cita, y una vez conseguido puso el coche en marcha. Salió a la Avenida Independientes cruzó luego el río Choluteca… Había notado algo raro en la voz de Simón, desde luego, y tenía más que

suficiente experiencia para comprender que, en definitiva, el hallazgo de Santiago Pérez no iba a reportarles beneficio alguno.

Siete minutos más tarde, detenía el coche delante mismo de la iglesia de los Dolores, la cual no tuvo tiempo ni siquiera para mirar. La puerta de la derecha se abrió y Simón I se sentó a su lado.

—Tenemos que ir río abajo —dijo.

—¿Está allí Santiago Pérez?

—Sí.

* * *

Efectivamente, Santiago Pérez estaba allí. Todavía no lo habían retirado. Había muchos curiosos, contenidos desganadamente por la Policía, situada entre la gente y la fangosa orilla del río en aquella parte.

Simón señaló hacia allí, y Brigitte, sin vacilar, se apeó y se acercó. Uno de los policías le puso la mano extendida delante y tuvo que detenerse. Pero desde allí mismo podía ver perfectamente el cadáver de aquel hombre, todavía con los pies metidos en el agua turbia, oscura.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Unos niños vieron a ese hombre flotando muy cerca de la orilla, ahogado.

—¿No podría verlo?

—No. Por favor, retírense. Retírense…

La espía volvió al coche, si haber concedido más que una inexpresiva mirada a Simón II, que también estaba por allí, y que se dirigió también hacia el coche cuando lo hizo ella. Los dos se sentaron en el asiento de atrás, y Simón dijo:

—Tiene varias cuchilladas en el vientre: pude verlo.

—El policía me ha dicho que es un ahogado.

—Bueno —sonrió de lado el espía—. Y yo le digo que tiene varias cuchilladas en el vientre. Usted elija.

Brigitte asintió con la cabeza.

—¿Cómo se enteraron del hallazgo?

—Ya le dijimos que tenemos a todo el mundo buscando. Uno de nuestros colaboradores vio cuando sacaban del agua el cadáver y se acercó para ayudar. Eran unos chiquillos que tuvieron que desistir,

porque el cadáver se pegaba al lodo de la orilla… Bueno, ya ha visto cómo ha quedado el cadáver. Nuestro colaborador nos avisó inmediatamente, y mientras él iba a buscarla —señaló a Simón I— yo vine hacia aquí. Llegué antes que la Policía, así que si le digo que tiene varias cuchilladas en el vientre, es porque las tiene.

—¿Y eso es todo lo que sabemos?

—Todo.

—Luego —intervino Simón I— dirán que tuvo una riña con alguien, que le dieron unos cuantos navajazos y que lo tiraron al río. Todo el mundo lo creerá y no darán importancia a una riña más de las muchas que se suceden todos los días.

—Pero nosotros pensamos que no ha sido una riña… vulgar, ¿verdad? —murmuró Brigitte.

—¿Y por qué no? —Encogió los hombros Simón II—. Eso es muy frecuente entre gentes de la calaña del tal Pérez. Claro está, no es corriente encontrar cadáveres en el río, pero esa clase de trifulcas están a la orden del día.

—¿Me dijeron ustedes que Santiago Pérez había cobrado diez mil dólares de la CIA por medio de Atanasio Morata a cambio de su información sobre esa guerra fantasma?

—Efectivamente.

—¿Y creen ustedes que un hombre de esa clase, que tiene diez mil dólares en el bolsillo, se va a dar de navajazos con otros sujetos por cualquier tontería?

Los agentes de la CIA asintieron con un gesto. Desde luego, tal como estaban las cosas, también ellos, en el fondo, tenían la sospecha de que la muerte de Santiago Pérez no se debía a causas baladíes, sino a algo relacionado muy directamente con la información que había pasado a la CIA, y con la desaparición de Simón-Tegucigalpa.

—La lástima es —musitó Simón II— que a los muertos no se les puede preguntar nada.

—Pero sí a los vivos —dijo Brigitte—. Quiero ver inmediatamente a Atanasio Morata. ¿Está por aquí?

—No. Desde anoche no lo hemos visto… Impartimos orden general de buscar a Pérez —señaló hacia la orilla del río—, y luego todos nos pusimos a trabajar. Naturalmente, los contactos caprichosos están prohibidos, de modo que no tenía por qué

llamarnos mientras no tuviese algo importante que decirnos.

—Claro. ¿Desde anoche…? Bueno, espero que no tengamos ninguna dificultad en localizarlo.

—Por supuesto que no. Un momento…

Simón II sacó su radio de bolsillo, llamó por ella a sus compañeros de la CIA en Tegucigalpa, y pasó la consigna de que Atanasio Morata fuese localizado cuanto antes y enviado con la máxima urgencia al Teatro Nacional, donde debía esperarlos a ellos o bien, ellos lo estarían esperando. Cumplido esto, los tres espías se alejaron de allí…

Y después de una hora de espera delante del Teatro Nacional, Simón II movió la cabeza con gesto irritado.

—No lo había hecho nunca —gruñó—. Debería estar ya aquí.

Baby no podía estar más inexpresiva, fumando.

—Vuelva a llamar, a ver por qué no viene Atanasio.

Simón volvió a llamar. Respuesta: Atanasio no había acudido todavía a la cita porque nadie había podido ponerse en contacto con él. No se le encontraba. Seguían buscándolo. Simón tuvo que aceptar la situación y se dispuso a encender otro cigarrillo. Pero no llegó a hacerlo.

—Naturalmente, saben dónde vive Atanasio —musitó Baby.

—Claro, naturalmente. Tiene una especie de choza en la parte alta de la ciudad, cerca del río. Algunas veces he ido a…

—Vamos ahora.

El espía alzó las cejas.

—No estará allí —aseguró—. Como los demás, debía estar dedicado a buscar a Pérez y a P. C. No tenía nada que hacer en su choza, en cambio.

—Vamos allí.

—Como guste.

* * *

La luz del sol entraba por una de las ventanas sin postigos y sin cristales, y daba en aquel momento justamente de lleno sobre el negro tendido en el centro de la choza.

Es decir, que Atanasio Morata sí estaba allí. Vaya si estaba…

—Dos balazos en el corazón —dijo Simón I, después de darle la

vuelta y examinarlo brevemente.

Baby estaba mirando el rostro de Atanasio Morata. Según los Simones, el mejor colaborador local con que habían contado hasta entonces… Un rostro negro, todavía joven, casi bello. Había sido un hombre fuerte, de poderosos hombros redondeados por una musculatura asombrosamente desarrollada. Sus ojos estaban abiertos y parecían dos bolas de reluciente cristal que destacaban extraordinariamente en las córneas, blanquísimas. Había en la boca de Atanasio Morata un gesto duro, un rictus de rabia… Ciertamente, su reacción no debió ser de alegría cuando vio que estaban a punto de dispararle.

Pero, al parecer, no había sido en absoluto fácil matarlo: cerca de su mano derecha crispada, como clavada en el piso de tierra de la choza, estaba la enorme navaja, abierta, manchada profusamente de sangre seca.

Y los tres espías, cuando después de contemplar la navaja, se miraron entre ellos, sólo podían estar pensando la misma cosa.

Fue Simón quien expuso esos pensamientos:

—Todo parece indicar que hubo una corta y feroz lucha… Yo diría que Atanasio fue el primero en atacar con la navaja…

—¿Es de él? —interrumpió Brigitte.

—Sí. Se la hemos visto en varias ocasiones… Y le aseguro que Atanasio era temible con una navaja en la mano.

—La cosa no puede estar más clara —intervino Simón II—: alguien vino aquí, las cosas no fueron bien, y Atanasio le dio unos cuantos navajazos…, pero no pudo evitar que el otro, aún estando herido, le metiese dos balas en el corazón. Luego, se fue.

—Ya —murmuró Brigitte—. Y… ¿dónde está el otro?

—Yo diría que ya ha sido hallado, más abajo, en la orilla del río, con varios navajazos en el vientre. Salió de aquí, fue hacia el río y, malherido, acabó por caer en él. La corriente lo fue arrastrando contra el fondo y la vegetación de las orillas, quizá y, finalmente, salió a flote cerca de la orilla… Por supuesto, me estoy refiriendo a Santiago Pérez.

—¿Qué otra cosa, si no? —Remachó Simón I.

Brigitte asintió con la cabeza y echó un vistazo alrededor. No había nada que mereciese la pena de ser mirado ni una sola vez siquiera. Luego, estuvo casi un minuto mirando atentamente el piso

de tierra apisonada, prieta y, finalmente, salió de la Choza, siempre mirando hacia el suelo…

—¿Está buscando algo? —preguntó Simón I, colocándose a su lado.

Ella no contestó. Miró hacia el río, que debía estar a algo más de cien metros de distancia. Siempre en silencio, fue hacia allí mientras los dos Simones se quedaban delante de la cabaña, mirándola y mirándose. Por fin, Simón I encogió los hombros.

—Vamos a echar un vistazo en serio ahí dentro, Archie.

—Bah…

—Hagamos algo, hombre.

—No somos de la Policía… Y si lo fuésemos, la cosa no podría estar más clara. Pero, en fin, echemos ese vistazo…

Todavía estaban removiendo las cosas mugrientas de Atanasio Morata cuando Baby regresó. Sin hacer comentario alguno, fue hacia el cadáver, y le alzó una pierna. Estuvo unos segundos examinando la suela del calzado de Morata y luego miró a sus expectantes Simones.

—Déjenme ver sus zapatos —pidió.

—¿Qué…?

—Los zapatos. Colóquense de espaldas a mí y doblen una pierna.

Tras una nueva mirada de incomprensión, los dos espías obedecieron. Ella examinó la suela del zapato de uno, y cuando le soltó el pie, el agente de la CIA comentó:

—Tengo la impresión de que soy un caballo a punto de herrar.

El otro soltó una risita y ofreció su pie a la espía más completa del mundo, que lo examinó y lo soltó.

Luego dijo:

—A pesar de que ustedes lo han estado pisoteando todo, aún quedan por aquí huellas de un par de zapatos que, evidentemente, no corresponden ni a Morata ni a ustedes. Véanlas —señaló el suelo —. Sus tacones bien definidos, que además de su contorno, dejan en la tierra seis circulitos cada uno… Yo diría que son fáciles de identificar, de distinguir… ¿O no?

—Pues… sí. Sí, desde luego. Ahora que usted lo dice…

—Quiero que me consigan un molde, o cuando menos una descripción del calzado de Santiago Pérez.

—¿Acaso duda usted que él haya estado aquí, que haya sido él

quien mató a Atanasio después que éste le acuchilló?

—Así es.

—¿Lo duda? —exclamó el otro Simón.

—Lo dudo, y mucho. Díganme: ¿han visto sangre por el suelo, en la cabaña o afuera?

—Mmm… Pues no hemos mirado eso…

—Yo sí. No hay ni una gota de sangre en la cabaña alrededor de Atanasio Morata. Tampoco hay manchas de sangre afuera, ni camino del río, ni en parte alguna. Todo lo que hay aquí que tenga sangre seca es la navaja de Morata. Y ahora: ¿ustedes se imaginan a un hombre que ha recibido varias cuchilladas en el vientre y que no le caiga ni una sola gota de la herida en todo el recorrido desde aquí al río? Piénsenlo bien… No se trata de unos… cortecitos más o menos controlables con la mano o un pañuelo, sino de varias heridas tremendas, mortales de necesidad…, unas heridas hechas por un hombre como Atanasio Morata. ¿Les parece natural que ese hombre herido no haya vertido ni una sola gota de sangre por estos lugares?

—¿Qué está tratando de decir exactamente?

—Estoy tratando de decir que alguien acudió aquí, mató a Morata de dos disparos y, sabiendo ya que Santiago Pérez le había pasado la información sobre esa estúpida guerra, tomó la navaja de Morata, fue en busca de Pérez, lo mató, y volvió aquí para dejar la navaja ensangrentada.

—¿Y por qué tantas molestias con lo de la navaja?

—Porque así, las cosas quedan tan claras como ustedes han opinado, y colorín colorado, el asunto ha terminado.

—¿Y no es así?

—Vayan a conseguirme lo que les he pedido sobre el calzado de Santiago Pérez. Si su calzado deja estas marcas, consideren que no he dicho nada, o que me he pasado de lista. Si su calzado no deja estas marcas…, ya veremos qué hacemos.

—Está bien. Haremos lo que podamos…

—Lo que puedan, no: quiero esas marcas, o esa descripción.

—Está bien, está bien… La llamaremos en cuanto hayamos conseguido enterarnos. ¿O viene usted con nosotros?

—Ni una cosa ni otra. Volvamos al centro, déjenme donde estacionamos mi coche y vayan a lo suyo. No me llamen: yo les

llamaré cuando lo juzgue conveniente.

—¿A qué va a dedicarse?

—¿Ustedes conocen la historia de Barba Azul? —preguntó a su vez ella.

Los dos espías se miraron y sonrieron.

—Claro: es aquel sujeto que tenía una casa muy grande, y que cuando se casaba le decía a su mujer que podía recorrerla y verla toda menos una de las habitaciones, cuya puerta estaba siempre cerrada… Pero como las mujeres son muy curiosas, resulta que todas las mujeres con las que se iba casando abrían aquella puerta, o lo intentaban, y entonces él les cortaba la cabeza o algo así.

—Pues eso —sonrió la divinísima—. Como yo soy mujer, estoy que me muero de curiosidad por ver que hay detrás de la puerta del chalet del general Porfirio Alcázar.

Los dos Simones se quedaron lívidos.

—No nos diga que piensa introducirse en esa villa…

—Es cosa de pensarlo, ¿verdad? Hay una guardia digna de un polvorín en tiempo de guerra. Pero, puesto que no hay guerra…, ¿por qué tanta vigilancia? Hay soldados en la puerta, alrededor de la casa, en los jardines… Pude hacerme una idea aproximada del cerco esta tarde. Y me pregunto: ¿qué pasa? ¿Por qué no es posible ver al general Alcázar? ¿Realmente está bien…, o está enfermo…, o prisionero? ¿Conocen al coronel Juan Luis Valero?

—Por supuesto que sí… Es el hombre más honrado y recio de todo el ejército hondureño.

—¿De veras? En ese caso, el general Alcázar hace muy bien en tenerlo como guardián. Pero se me ocurre que quizá, el honrado y recio coronel Valero sea… el Barba Azul que no permite que nadie cruce la puerta de la casa.

—¿Y usted piensa cruzarla?

—Estudiaré esa posibilidad.

—Esperemos —susurró Simón I— que no le corten la cabeza.

—Ajo, escupitajos, cola de víbora, ojos de sapo —cruzó dos deditos la espía.

—¿Y eso qué quiere decir? —Se pasmó Simón II.

—Es un conjuro para alejar todo peligro de mí… Me lo enseñó una bruja del vudú, hace algún tiempo.

—Caracoles… Esperemos que dé resultado.

—Oh, seguro —Brigitte se echó a reír—. ¡Seguro que dará resultado! ¡La vieja Mabanga tiene conjuros muy eficaces para todo!

Capítulo IV

Lo que, desde luego, no tenía la bruja Mabanga era un conjuro para convertir en invisible a una persona… Y, después de mucho tiempo de examinar el terreno que debería recorrer hasta llegar a la casa, la agente Baby había llegado a la conclusión de que solamente siendo invisible podría conseguirlo. Luego, además, hasta los seres invisibles no tendrían más remedio que abrir una puerta o una ventana para introducirse en la casa y, ciertamente, la posibilidad de que hubiese sistemas de alarma no era improbable.

Así que, tras su discretísimo ojeo alrededor de la villa, y después del último vistazo general efectuado con los pequeños gemelos de teatro, la mejor espía de todos los tiempos se encontró con la molesta conclusión de que penetrar en aquel recinto florido y con olor a ananás con las pretensión de no ser vista era una completa majadería. Ni la mismísima Baby podía conseguir semejante cosa.

Al menos, mientras la guardia fuese tan numerosa y tan bien dispuesta. Quizá a partir de medianoche el número de soldados disminuiría, y entonces… Sí, quizá.

De modo que fue a buscar el coche, llegó con él lo más cerca de la villa posible y se dispuso a esperar aquella posible oportunidad.

Pero, cerca de las once de la noche, Juan Luis Valero abandonó la villa a pie, solo, y eso dio lugar a un cambio de proyectos por parte de la espía. Juan Luis Valero caminaba lentamente, con las manos en los bolsillos, baja la cabeza, pensativo… Parecía fatigado.

«¿A dónde vas tú ahora, amiguito? —reflexionó Baby—. ¿A tu domicilio particular a descansar? ¿A hacer alguna gestión en alguna parte? ¿A ver a tu novia, amante o esposa…?».

Cuando el coronel Valero dobló la primera esquina, Brigitte puso el coche en marcha y salió tras él lentamente. Al doblar la esquina lo vio, siempre caminando lentamente, fatigado, abstraído… Y, al mismo tiempo, veía a los dos hombres que, en aquel momento,

cruzaban la avenida, tras los pasos de Juan Luis Valero. Inmediatamente Baby se dio cuenta de lo que estaba sucediendo: aquellos hombres habían estado esperando por allí, habían visto salir a Valero y se iban tras él. ¿Guardaespaldas discretísimos, quizá?

La aparición del coche, también enfilando la misma calle, la sacó de dudas inmediatamente. Ni mucho menos; nada de guardaespaldas. En la mente de la espía más experimentada del mundo, los sucesos se proyectaron con anticipación a su realización.

Y no falló ni en un solo detalle.

Los dos hombres llegaron a la espalda de Juan Luis Valero, caminando rápidamente, mientras el coche comenzaba a acercarse a la acera… Llegaron a su altura, se colocaron uno a cada lado y uno de ellos debió decir algo, porque Valero lo miró vivamente. Entonces, el otro, con la mano en el bolsillo derecho de la chaqueta, se colocó hacia su espalda. Valero volvió la cabeza y lo miró. Luego miró al otro, que señaló el coche, detenido entonces a la izquierda de los tres… La vacilación de Juan Luis Valero era evidente, pero también era evidente que estaba comprendiendo que se hallaba eficazmente amenazado, así que, por fin, con un brusco gesto, se dirigió hacia el coche. Entraron los tres y el coche reanudó la marcha.

Allí no había pasado nada.

Sonriendo secamente, Baby esperó a que el coche doblase la primera esquina y fue tras él. Lo vio, esperó siempre a marcha lenta, volvió a verlo al doblar otra esquina… Luego siguieron en línea recta por una amplia avenida. Un semáforo. La espía recurrió al plano de la ciudad y comenzó a examinarlo. Pero antes de que hubiese podido tener idea de dónde estaba, el otro coche reemprendió la marcha al aparecer la luz verde.

«No tengo ni idea de dónde estoy —reflexionó Brigitte—. Pero sí estoy segura de que llegaremos a algún sitio».

Apenas cinco minutos después, salían de la ciudad, hacia el Norte; de eso sí estaba segura. El coche en el que viajaba Juan Luis Valero emprendió una veloz marcha. Brigitte apagó las luces del suyo y fijó su mirada en las dos luces rojas que permitió fuesen alejándose lo máximo posible. A ella no podían verla, pero ella sí veía en todo momento el par de puntitos rojos en la distancia… De

pronto, dejó de verlos.

Sobresaltada, apretó el acelerador… Y tanta velocidad adquirió el coche, que estuvo a punto de pasarse la bifurcación del camino de tierra, a la derecha. Frenó en seco, dio marcha atrás, enfiló aquel camino y, en seguida, volvió a ver los dos puntos rojos, como rebotando. Muy lógico: el camino era pésimo. Pero, por suerte, no tuvieron que viajar mucho por él. Ni siquiera habría recorrido un kilómetro cuando otra vez dejó de ver las luces rojas, a las que había ido dando alcance, siempre aprovechando la circunstancia de que ella viajaba a oscuras y no podían verla.

Detuvo el coche y paró el motor. Inmediatamente, por la ventanilla abierta entró el canto chirriante de los insectos nocturnos. La oscuridad era total, salvo la escasa iluminación fantasmal de los millones de estrellas en el cielo.

Y de pronto, allá por donde había dejado de ver las luces rojas, brilló una luz. Una luz normal, amarillenta: Un pequeño rectángulo amarillo quedó brillando en la noche, como un ojo solitario.

Brigitte volvió a poner en marcha el coche, lo sacó del camino hasta llegar bajo unos árboles, volvió a parar el motor y se apeó. Maletín en mano, sin la menor vacilación, comenzó a caminar hacia aquel ojo amarillento que perforaba la oscuridad.

Dos minutos después, veía la cabaña, que parecía difuminarse alrededor de la luz que brotaba de una de las ventanas. Sacó la pistolita del maletín y se deslizó hacia el coche detenido delante. No pudo ver la matrícula ni nada revelador. Simplemente, allí estaba el coche en el que habían llevado a Juan Luis Valero.

«Por lo menos tiene que haber tres hombres con él —reflexionó con indiscutible lógica—: los dos que le han amenazado y el que conducía el coche; sin descartar la posibilidad de que hubiese otro más con el conductor. Y apostaría cualquier cosa a que el buen Barba Azul no debe estar pasándolo precisamente bien…».

Con las debidas precauciones, se deslizó hacia la casa, llegó al pequeño porche y escuchó aplicando una orejita a la puerta…, que tan sólo con aquella levísima presión se movió. Se enderezó vivamente, sobresaltada, alzando la pistolita. Pero nada sucedió, y asombrada se quedó mirando aquella puerta que no se habían molestado en cerrar.

Por la estrecha rendija echó un vistazo. Y casi respingó. Había

una especie de sala-comedor muy rústico, sucio; una mesa, sillas, cajas, herramientas agrícolas… Y en una de las sillas, colocada ante la mesa, un hombre, que se estaba sirviendo licor en un vaso, distraído y, al parecer, no poco aburrido.

Abrió la puerta de pronto, entró y el hombre miró hacia allí… Sus ojos se desorbitaron, se puso en pie de un salto, llevó la mano derecha hacia el sobaco izquierdo…

Plof, chascó suavísimamente la pistolita de la espía.

El hombre se envaró, sus ojos se abrieron aún más, sus manos fueron hacia el borde de la mesa, se crisparon allí… Pero era inútil: sus piernas no resistieron, ya muertas, el peso del cuerpo, no menos muerto. Finalmente, el hombre cayó hacia atrás, con un doble manotazo que alcanzó el vaso y lo tiró al suelo.

Para entonces, la azul mirada de la espía había abarcado ya todo el conjunto. De allí, sólo se podía salir por la ventana, la puerta que ella acababa de utilizar o el pasillo que debía llevar al interior de la casa. Corrió silenciosamente hacia allí y se colocó a un lado, pistola en alto.

Hacia el fondo, se oyeron pisadas; y desde allí llegó la voz de un hombre:

—¡Leandro! ¿Qué pasa?

La dulce boquita de Brigitte se crispó en una dura mueca.

—¡Leandro! —Se oyó de nuevo.

Las pisadas se acercaron rápidamente. Oyó la exclamación del hombre antes de que apareciese en el sucio comedor. Debía haber visto al tal Leandro caído en el suelo y se había sobresaltado… Apareció a toda prisa… y algo debió percibir a su derecha, porque se detuvo en seco, hizo ademán de volverse…

¡Clock!, sonó su cabeza al recibir de lleno el golpe de la pistolita de la espía. Y con un gemido, el amigo de Leandro cayó al suelo de bruces, fulminado.

Brigitte lo miró con el ceño fruncido. Ya habían caído dos.

Miró hacia el fondo del pasillo. No había nadie. Siempre pistola por delante, se introdujo entre las dos paredes. En el suelo, un poco más delante, vio una raya de luz. Llegó allí, se colocó a un lado de la puerta y contuvo la respiración. El silencio era total… Es decir, casi total. Con la orejita pegada al quicio de la puerta, Brigitte permaneció como una estatua diez o doce segundos.

Luego, de pronto, abrió la puerta y se colocó en el umbral mirando vivamente a su alrededor para, en el acto, apuntar a la espalda del hombre que estaba terminando de atar a Juan Luis Valero a unos grandes clavos hundidos en la pared. El hombre se volvió tranquilamente.

—¿Qué le pasa a Le…? —empezó a preguntar.

Su pregunta terminó en un chillido, mientras saltaba a un lado, sacando la pistola, fijos sus desorbitados ojos en la hermosísima aparición.

—¡Quieto! —gritó Brigitte—. ¡No toque…!

Pero era inútil. El hombre ni siquiera la oía. Su instintiva reacción, en absoluto inteligente por cierto, sólo le permitía hacer lo que estaba haciendo: repeler por las armas a quien, obviamente, sólo podía ser enemigo…

Plof.

El hombre volvió a chillar, dio media vuelta y cayó de bruces, encogido, como un cuatro. Se estremeció convulsivamente, pareció saltar y cayó completamente plano. Brigitte estuvo todavía unos segundos apuntándole con la pistolita. Luego, lentamente, su mirada se desplazó hacia Juan Luis Valero que, con los brazos en cruz, la contemplaba con expresión tensa, expectante.

—¿Está usted bien, coronel?

—Señorita Montfort… ¿Qué hace usted aquí? ¿De dónde ha salido…?

—No me diga que le molesta mi presencia —sonrió ella.

—Pues… no sé. ¿Qué pretende usted?

—Vaya una pregunta —bufó Brigitte—. Yo diría que es evidente que estoy aquí dispuesta a ayudarlo. Aunque, francamente, todavía no sé a quién debo ayudar o atacar. ¿Usted tiene idea de lo que está ocurriendo?

—De lo que tengo idea es de que cuanto antes nos marchemos de aquí, será mejor.

—¿Eso implica una petición para que lo desate, coronel?

—¡Naturalmente!

—Ah.

Se acercó al militar, contempló las cuerdas que lo sujetaban a los clavos hundidos en la pared y frunció el ceño. Del maletín sacó el cepillo para el cabello, apretó el mango y sonriendo al captar el

respingo de Valero cuando apareció el agudo estilete, procedió a cortar las cuerdas, diciendo:

—Espero que, como pequeña muestra de agradecimiento, sea usted tan amable de ponerme en antecedentes de lo que ocurre, coronel… Jamás en mi vida había estado tan desorientada.

—Sí… Sí, sí… Pero vámonos en seguida de aquí… ¡Eso es lo primero!

—Depende —ella acabó de cortar las cuerdas y se apartó, guardó el cepillo para el cabello y miró fijamente a Valero—. Me pregunto si usted sabe para quién trabajan estos hombres, coronel.

—No… No lo sé.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—En ese caso, temo que no podemos marchamos tan rápidamente como usted desea. Uno de estos hombres ha quedado vivo, y no me iré de aquí sin hacerle algunas preguntas…, a menos que usted tenga las respuestas.

—No sé nada… ¡Nada!

—¿No le han maltratado?

—No.

—¿Ni le han hecho preguntas de ninguna clase que pudieran orientarnos sobre sus deseos?

—No.

—Bueno… Vaya, no he debido cortar las cuerdas, porque ahora las vamos a necesitar para amarrar al hombre que ha quedado vivo; cuando se recobre quiero que comprenda en seguida que su posición es francamente peligrosa. Mientras yo busco otras cuerdas, vaya a la entrada, tome una pistola de esta gente y vigile al que está dormido y la posible llegada de alguien más. ¿De acuerdo?

—Yo creo que lo mejor sería marcharnos inmediatamente.

—Puede hacerlo usted, si quiere. Afuera tiene el coche de estos hombres.

Sin más, Brigitte salió de aquel cuarto que, como el sucio comedor-sala, estaba iluminado por un quinqué. Sacó la linternita-bolígrafo, abrió una puerta, dirigió la luz dentro y cerró en seguida. En algún sitio debía haber cuerdas o algo parecido. Y en última instancia, podía utilizar cualquier cosa para atar a aquel hombre…

Abrió otra puerta, lanzó el delgado rayo de luz, movió la mano

para efectuar el recorrido lumínico…, y lanzó una exclamación cuando el pequeño círculo dorado iluminó el rostro de un hombre. La pistolita lo apuntó inmediatamente, pero, al mismo tiempo, Baby comprendía que no debía temer nada de aquel hombre, pues estaba muerto…

No. No estaba muerto, comprobó con veloz examen. Solamente desvanecido… Tenía barba de dos o tres días y, además de haber sido atado sólidamente de pies y manos, había sido duramente castigado… Tan duramente que, en realidad, se hallaba al borde de la agonía. Allí, tirado en el suelo como tristes despojos, Brigitte tenía ante ella un hombre que casi podía considerarse cadáver…

Y de pronto, la espía se estremeció violentamente. Iluminó más de cerca el rostro de aquel hombre, barbudo y demacrado y susurró:

—¿Simón? ¿Simón-Tegucigalpa? ¿Es usted P. C.? ¿Es usted Patrick…?

El herido parpadeó débilmente, gimió algo y volvió a quedar en silencio, inmóvil. Brigitte se puso en pie y salió del cuarto a toda prisa. Cuando apareció en el comedor, Valero se volvió hacia ella, pistola en mano, y la apuntó. A su vez, Brigitte le apuntó con su pistolita, rabiosamente.

—¿Qué le pasa? —espetó—. ¿Piensa disparar contra mí?

—No, no… Es que me… me he…

—Venga a ayudarme: he encontrado a un hombre moribundo en uno de los cuartos… ¡Guarde esa pistola de una vez!

A Juan Luis Valero casi se le cayó el arma, en su turbación por guardarla. Brigitte señaló hacia el pasillo, tomó el quinqué del comedor y se fue detrás del coronel, que, cuando la luz destacó la presencia de aquel hombre atado como un fardo y maltratado, respingó fuertemente.

—Tómelo en brazos y llévelo al coche… Es usted fuerte, no me diga que no puede hacerlo.

—Sí… Creo que sí…

—¡Pues hágalo! ¡Y con mucho cuidado!

El herido fue llevado al coche por Valero, bajo la celosa inspección de Brigitte. Lo acomodaron en el asiento de atrás; y ella señaló el volante.

—Usted conducirá. Yo cuidaré de que… Un momento.

Regresó a la casa con su maletín, sacó de él una ampolla de gas

narcótico y la tiró hacia el hombre al que había golpeado en la cabeza. Tenía para dos horas de sueño por lo menos. Es decir, tiempo suficiente para que ella dejase a Simón-Tegucigalpa en buenas manos, si es que era él, y volviese allí para hacerles unas cuantas preguntas al otro en cuanto despertase. Y tendría que contestarlas…

Volvió al coche y se acomodó lo mejor que pudo junto al hombre herido.

—En marcha —dijo; sacó la radio de bolsillo y abrió el canal—. ¿Simón?

—¡Por fin nos llama! —Se oyó la voz de Simón I—. Tenemos noticias respecto al…

—Creo que he encontrado a P. C. —cortó Brigitte—. Quiero que salgan a nuestro encuentro, y que se hagan cargo de él: está malherido… Lo han golpeado y maltratado brutalmente. Venga a buscarlo solamente uno de ustedes. El otro, que lo prepare todo para atender al herido, donde sea y como sea, pero a toda prisa.

—De acuerdo… ¿No sabe usted si es P. C.?

—Tremendo fallo —refunfuñó la espía—. Salí de casa sin haber visto ni una sola fotografía suya.

—Entiendo. ¿Dónde está?

—No lo sé… Pero sé que entraré en Tegucigalpa por el Norte. Espéreme con un coche y cuando vea tres veces las luces largas de otro y luego tres veces las cortas, sálgame al paso.

—De acuerdo, de acuerdo. ¡Inmediatamente!

—Vale. Ah, Simón: ¿qué noticias son esas?

—Respecto al calzado de Santiago Pérez: no coincide en absoluto con las señales que vimos en la choza de Atanasio… Usted tenía razón, según parece.

—Está bien. Hasta ahora. Simón.

Cerró la radio. Valero conducía ya, alejándose de la casa y Brigitte se dedicó a impedir que el herido sufriese sacudidas debido al pésimo camino. Estuvo a punto de cortar las cuerdas que empaquetaban al herido, pero desistió de ello. A lo mejor, las cuerdas estaban evitando peores males si tenía algún hueso roto… Lo mejor era no tocarlo.

—¿Quién es usted? —musitó Juan Luis Valero.

—Cállese —replicó abruptamente la espía—. Y empiece a hacer

con las luces las señales que he indicado… ¿O no habla usted inglés?

—Lo suficiente.

—Pues ocúpese de eso, ya lo ha oído, ¿no?

* * *

Muy cerca ya de Tegucigalpa, recibieron la respuesta de la señal convenida, procedente de un coche estacionado a la izquierda de la carretera.

—Colóquese junto a ese coche —ordenó Brigitte.

Juan Luis Valero obedeció y, apenas había detenido el coche, cuando el hombre que salió del otro estaba ya entrando en la parte de atrás, cuya luz encendió inmediatamente la espía.

—¿Es él? —preguntó.

Simón se mordió los labios y asintió con la cabeza.

—Lo… lo han… destrozado…

Brigitte también asintió con la cabeza, muy pálida.

—Alguien lo pagará muy caro —susurró—. Pero de momento, lo importante es cuidarnos de él. Vamos a pasarlo a su coche, Simón.

—Sería mejor no moverlo…

—Lo sé. Pero no quiero este coche cerca de ustedes, pues serviría de pista a alguien para localizarlos, y… No, no. Hay que pasarlo a su coche. Con cuidado…

Lo sacaron, lo llevaron al coche de Simón, lo acomodaron en el amplio asiento de atrás, y el espía se puso al volante. Brigitte metió la cabeza por la ventanilla.

—Lo primero de todo, atender a Simón-Tegucigalpa —dijo—. Y no admitiré fallos sobre esto, Simón, luego, dedíquense a buscar al propietario de ese coche por medio de la matrícula… Es decir, solamente localícenlo.

—Vista la matrícula —aseguró secamente Simón I.

—Pues no hagan nada… Sólo esperen mi llamada, me dicen a quién pertenece el coche, y eso es todo. Una vez conseguida esa información, todos ustedes permanecerán inactivos, escondidos, y…

—¡Escondidos! —aulló el espía—. ¡Por todos los…!

—¿No lo entiende? —cortó ella—. Cuando a un hombre lo dejan en ese estado es que le han hecho decir muchas cosas, Simón.

Muchas. Entre ellas, posiblemente, el nombre de sus compañeros, dónde encontrarlos… Le aseguro que no tengo ni idea de lo que está sucediendo, pero sí sé con toda claridad que es conveniente que ustedes desaparezcan de la circulación hasta nueva orden.

—Pero nosotros…

—No estoy acostumbrada a que se discutan mis órdenes.

Simón I parpadeó. Luego, bajó la cabeza, sombrío.

—Nos ocuparemos de ese coche y nos esconderemos —gruñó.

—Así está bien —sonrió ella—. Yo les llamaré.

Volvió al coche donde le esperaba el desconcertado y no poco preocupado Juan Luis Valero, y dijo:

—Volvamos.

—¿Volver? ¿A dónde? —exclamó el militar.

—A la cabaña donde lo tenían a usted.

—Pe-pero…

—Escuche, coronel, yo no soy uno de sus soldados, ni siquiera uno de sus superiores a los que más o menos se les puede discutir las decisiones. Si usted es coronel, yo soy reina. Volvamos.

* * *

No les sirvió de nada.

Por la sencilla razón de que el hombre que Brigitte había dejado dormido primero bajo los efectos del golpe y luego del gas, estaba muerto. Y no debido a una cosa u otra: tenía un balazo en el centro de la frente.

—No… no comprendo… —comenzó a tartamudear Valero.

—Yo sí. Mire al suelo, coronel… ¿Qué ve?

Siempre desconcertado, Juan Luis Valero miró hacia el suelo, hacia el piso de tierra. ¿Qué veía? Pues nada… ¿Qué había que ver?

—No… no sé… Es qué no entiendo…

—¿No ve usted las marcas de unos tacones muy bien definidos, o sea, de unos zapatos nuevos? ¿No ve los pequeños circulitos en esos tacones?

—Sí… Ahora que lo dice, sí, claro…

—Él ha estado aquí.

—¿Él? ¿Quién?

—No lo sé… Pero le aseguro que llegaré a saberlo…

Marchémonos… ¡No! ¡Por la puerta, no! ¿Está loco?

—¿Qué…? ¿Qué… qué…?

—¡Se lo estoy diciendo! ¡Alguien ha venido aquí, y ha matado al único de los tres hombres que quedaba con vida, para que no pudiese delatarlo! Es mucho más… práctico y seguro que llevárselo, y que más adelante pudiese ser localizado. ¿De verdad no lo entiende, coronel? Ahora, ese hombre, que quizá no esté solo, puede hallarse fuera, esperando que salgamos: nos han dejado entrar en la ratonera, pero…, ¿nos dejarán salir?

Juan Luis Valero parpadeó, se pasó una mano por la cara. Brigitte se acercó al quinqué, lo apagó y luego tomó de una mano a Valero. Fueron al otro cuarto, apagaron también la luz y la oscuridad fue total. Silencio y oscuridad. Sólo, muy lejanos, el chirriar de los insectos…

—Tengo el coche cerca —susurró Brigitte—. Vamos a salir por una ventana, y tenemos que llegar allá en silencio y sin que puedan vernos de ninguna manera. No se separe de mí, nada de tener que andar luego buscando o esperando al otro… ¿De acuerdo?

—Sí, sí.

Salieron por una ventana, siempre con las máximas precauciones, y en la oscuridad la mano de Brigitte encontró la de Juan Luis Valero. Fue tirando de él, recorriendo el terreno en cortas y veloces carreras, hasta llegar al coche. Es decir, cerca de donde Brigitte sabía que lo había dejado. Entonces se detuvo y ambos quedaron inmóviles entre los matorrales.

—¿Qué pasa ahora? —susurró Valero—. ¿Por qué nos…?

—Sssst.

Junto a él, Juan Luis Valero oyó unos ligeros ruiditos, que no consiguió clasificar. Y de pronto, sobresaltándolo, hasta el punto de que se puso en pie lanzando un grito, algo estalló y pareció incendiarse junto a su oreja derecha… Un punto rojo ascendió hacia el estrellado cielo, y se convirtió inmediatamente en una vivida luz blanquecina que iluminó a la perfección todo el contorno…

A la luz de la bengala disparada por Baby quedó perfectamente visible el sobresaltado coronel Valero, rígido como un palo, atónito…, y más allá, tendidos en el suelo, dos hombres, junto al coche, que se pusieron en pie de un salto precipitado, grotesco, pistola en mano…

Plof.

Plof.

La luz de la bengala iluminó su salto hacia atrás, cada uno de ellos con una bala disparada por la espía internacional, que se puso en pie cuando todavía los dos hombres no habían llegado de nuevo al suelo.

—Vamos… ¡Vamos! —Le tiró de una mano—. ¡Al coche!

Estaban corriendo ya hacia el coche cuando apareció un tercer hombre de entre unos arbustos cercanos, disparando. Pudo hacerlo por dos veces y los chasquidos de las balas fueron como impactos en los tímpanos de Brigitte y Valero… La espía giró la cintura, sin dejar de correr, apuntó brevísimamente y apretó el gatillo.

Plof.

El hombre lanzó un chillido y desapareció de espaldas entre los arbustos que había estado utilizando como escondrijo. Todavía brillaba la luz de la bengala cuando Brigitte, jadeando, se colocaba al volante y sacaba frenéticamente las llaves de contacto de su maletín, gritando:

—¡Agáchese!

Una bala dio en alguna parte del coche y rebotó con tremolante tañido metálico. El motor rugió, el coche saltó… A la última luz de la bengala, cuando ya rebotaban hacia el camino, Baby pudo todavía ver a uno de los hombres que había abatido con los primeros disparos, y no pudo evitar un respingo: a menos que hubiese visto muy mal, o que la lívida luz le estuviese jugando una mala pasada óptica, aquel hombre era un chino…

Llegaron al camino y el coche emprendió un trote terrible, rebotando entre agujeros y pedruscos… Por detrás, llegaron algunas balas más, una de las cuales reventó el cristal zaguero y lanzó una lluvia de diminutos fragmentos brillantes contra la espalda de Brigitte y Juan Luis Valero.

Pero, entre tumbos y balas, el coche llegó a la carretera con los dos ocupantes ilesos. Apenas sobre el asfalto, Brigitte hundió el acelerador a fondo y, en pocos segundos, todo quedó atrás; ya no más balas, no más peligro…

Brigitte lanzó un profundo suspiro, volvió la cabeza hacia Juan Luis Valero, y dijo:

—Me pregunto, coronel, si todavía se negará usted a llevarme a

presencia del general Alcázar.

Capítulo V

—… Y todo esto —terminó la explicación la señorita Montfort—, por una guerra que no existe en parte alguna, general.

Porfirio Alcázar se quedó mirándola fijamente. Era un hombre de poco más de sesenta años, mediana estatura, grandes bigotes, rostro atezado, grandes ojos negros, vivos… Llevaba en aquellos momentos una simple bata, que se había puesto sobre el pijama y, ciertamente, no se le veía demasiado imponente con tal atuendo. Pero, sin lugar a la menor duda, su estado de salud era excelente, y en cuanto a su estado mental, la espía sólo tenía que contemplar aquellos ojos negrísimos para comprender que Porfirio Alcázar entraba de lleno en la categoría de los magníficamente dotados… En resumen, Porfirio Alcázar no podía parecer más sano, más inteligente y más cuerdo.

—Sí existe, señorita Montfort.

—¿Cómo? —Se pasmó Brigitte.

—La guerra que usted ha mencionado existe, se lo aseguro.

—Pero…, ¿qué dice usted? Vamos, vamos, general…

—¿Le gustaría verla?

—¿Qué?

—Qué si le gustaría ver la guerra —sonrió Alcázar.

La espía internacional todavía estuvo estupefacta unos segundos. De pronto, sonrió ampliamente.

—Para ser usted un hombre recién sacado de su primer y profundo sueño, general, tiene un humor magnífico. Es evidente que no hay guerra alguna entre Honduras y Guatemala…

—La hay —cortó con gesto amable el general—. La hay, señorita Montfort. Y muy encarnizada. Unas batallas terribles. Por favor, venga conmigo.

Se puso en pie y Brigitte lo imitó automáticamente, desconcertada por completo. Miró a Juan Luis Valero y vio la

sonrisita entre humorística y preocupada de éste… Porfirio Alcázar señalaba hacia la salida del hermoso salón, y los tres fueron hacia allí. Salieron al gran vestíbulo donde había dos soldados de guardia, delante mismo de una gran puerta doble. Se cuadraron enérgicamente cuando Alcázar pasó entre ellos, tirando de una cadenita de oro que rodeaba su cuello, y de la cual pendía una llave. Con ésta, abrió la gran puerta doble, empujó una hoja, entro y dio la luz.

Se volvió.

—Entre, señorita Montfort, entre…

Brigitte Montfort, alias Baby, entró. Y en el acto, su curiosidad se convirtió en la más grande estupefacción de su vida. Sus hermosísimos ojos, muy abiertos, contemplaron todo el panorama bélico dispuesto en una gran maqueta que ocupaba el gran cuarto donde había sido instalada.

Montañas, volcanes, ríos, valles, ciudades, costas, lagos… Todo estaba reproducido allí, en la enorme maqueta. La vegetación, de plástico, parecía auténtica y también los cursos de agua, representada por tiras de papel plateado. En los llanos, pequeños grupos de soldados de juguete, de plástico al parecer, sugerían la marcha hacia Guatemala, cuyo contorno fronterizo estaba marcado con minuciosa exactitud. Tras ellos, convoyes de Intendencia y Sanitarios. Delante, carros de combate. Alrededor de este grueso del ejército de ataque, grupos más pequeños de apoyo y cobertura de las alas. En puntos estratégicos, pequeños campos de aviación, donde se veían diminutas escuadrillas de aviones. Todo, absolutamente todo, estaba lleno de soldados, artillería, caballería pesada… Un ataque, una invasión en toda regla.

Pero delante, protegiendo la frontera guatemalteca, también había soldados y carros de combate, tropas de apoyo, de Intendencia, de Sanidad, y aviones esperando en sus campos… Era fácil comprender que los soldados hondureños no tendrían muchas facilidades para invadir Guatemala.

—Santo Dios… —murmuró por fin Brigitte—, ¿qué… qué es todo esto?

—Una guerra —sonrió amablemente Porfirio Alcázar—. Una estupenda, formidable y encarnizada guerra que ha comenzado hace un par de días.

—Pe-pero…

—Vea, señorita Montfort: toda la maqueta abarca Guatemala, Honduras, El Salvador y Honduras Británica, o Belice, como prefiera. Es decir, que hemos reproducido, le aseguro que con la máxima exactitud, esta parte de América Central, abarcando la zona comprendida entre los meridianos ochenta y tres y noventa y tres… Me imagino que usted se da perfecta cuenta de eso.

—Sí… Sí, desde luego.

—No hemos descuidado ni un solo detalle. Ha sido una labor larga, costosa… y divertida. ¿Usted ha visto esos hermosos trenes eléctrico de juguete que tienen de todo: vías, estaciones, varias locomotoras, vagones…? Bueno, pues esto es un juguete parecido, pero, en verdad, estrictamente sólo para mayores… y profesionales de la guerra, naturalmente. Como comprenderá, mover quinientos mil hombres sobre un terreno no puede hacerlo cualquiera.

—¿Aquí hay quinientos mil hombres?

—En realidad —casi rió Alcázar—, hay cerca de cinco mil soldados, contando todas las diferentes armas. Pero, claro, una guerra entre dos ejércitos de cinco mil hombres, resultaría ridícula… Así que multiplicamos los efectivos por cien de tal modo que cada figurita que usted ve en el terreno, cada soldadito de plástico, representa cien hombres. ¿Comprende?

—¿Y estos… quinientos mil hombres son los que… ha lanzado usted contra Guatemala?

—En efecto. Pero mucho me temo que van a recibir una severísima derrota.

—¿Por qué?

—Porque me huelo que Nemesio esperaba mi ataque precisamente tal como se ha producido.

—¿Nemesio? ¿El general Nemesio Lucientes, claro?

—Claro.

—Pero es que no… no entiendo aún…

—Yo creo que sí entiende, pero, claro, está tan sorprendida que no sabe cómo reaccionar. ¿Juega usted al ajedrez, señorita Montfort?

—Pues… sí. Sí, en ocasiones.

—Pues considere esto como una partida de ajedrez entre mi buen amigo Nemesio y yo. ¿Por qué demontres tenemos nosotros

que distraernos con ese juego si tenemos otro para el cual estamos mucho más preparados y del cual tenemos muchísimos más conocimientos que de ajedrez?

—¿Quiere decir que todo esto es un juego?

—¡Naturalmente! —Alcázar la miraba grandemente sorprendido—. ¿Qué otra cosa podría ser, si no? Vamos, vamos, señorita Montfort, estoy seguro de que lo ha comprendido todo a la perfección.

—¿Ustedes… están haciendo esta… guerra de mentirijillas… como quien hace una partida de ajedrez?

—Claro. Mire, señorita Montfort: Nemesio y yo somos viejos y, afortunadamente, parece que nunca vamos a tener ocasión de participar en una guerra de verdad. Pero, ¿qué quiere usted?, los dos somos militares de siempre, no conocemos otra cosa que el Ejército, no servimos para nada más, posiblemente. En el fondo, nos gusta la guerra. Pero, claro está, no vamos a organizar una entre nuestros respectivos países sólo para distraernos, ¿verdad? Así que, en lugar de jugar a las damas o al ajedrez o al póquer, por ejemplo, pues… jugamos a la guerra. Y en realidad no hemos inventado nada. ¿Nunca ha visto usted a niños jugando a la guerra?

—Me parece que sí —rió Brigitte.

—¡Claro que sí! Se compran soldaditos de plástico, o de madera, o de plomo y realizan batallas tirándose bolitas de papel para derribar soldados, lanzan… «terribles bombas» sobre el campo enemigo… ¿Qué me dice de lo que hacen los niños en Estados Unidos? Se compran un fuerte, lo llenan de soldados del Séptimo de Caballería de Michigan, y lanzan los indios al asalto del fuerte… ¡Pero si es un juego viejísimo, señorita Montfort! Así que, en vista de las… ausencias de guerras verdaderas y formales, Nemesio y yo decidimos distraernos con este juego. Se nos ocurrió, Nemesio se vino aquí a pasar el tiempo que fuese necesario para que terminase la… guerra, y a mí me tocó iniciar la contienda.

—Pero deberían estar los dos aquí, ¿no? En esta casa, quiero decir.

—No, no, no —rechazó vivamente Alcázar—. ¡De ninguna manera! Mire, mi amigo Nemesio tiene otra maqueta idéntica a esta. Yo, para iniciar mi agresión militar, tuve que plantearlo todo y él, mientras tanto, preparaba su defensa, supongo que más o menos

como yo la he dispuesto… Los dos somos zorros viejos, y no es fácil que podamos engañarnos fácilmente. Así que enviamos los planes ofensivos por medio de… correos diplomáticos.

—¿Correos diplomáticos?

—En mi caso, es el coronel Valero quien sirve de enlace. Yo dispongo mi ataque, hago las anotaciones oportunas, y él va a casa de Nemesio. Le entrega el sobre, sellado y lacrado y, los dos juntos, o sea, Nemesio y el coronel Valero, van a la maqueta que tiene Nemesio. Allí se abre el sobre, detallando todo mi sistema de ataque, de invasión. Si Nemesio ha sido lo bastante experto para adivinarlo, tiene sus tropas preparadas en los puntos convenientes, de modo que rechaza mi ataque, lo detiene. Entonces, le toca a él contraatacar. El coronel Valero regresa aquí, me dice que Nemesio ha detenido el avance de mis soldados, y que enviará pronto su contraataque… En efecto, al día siguiente, o cuando corresponda, Nemesio me envía a su ayudante de campo, con un sobre también cerrado y lacrado, en el que explica su contraataque. Como es natural, en este intervalo, yo he tenido que prevenir ese contraataque, a fin de frenar a su ejército. Si, como él, lo he hecho bien, he previsto sus maniobras, detengo el avance de sus hombres y, a mi vez, paso de nuevo al ataque… Y así, hasta que uno de los dos sorprenda el sistema táctico del otro y arrolle a sus fuerzas. El que consiga esto habrá ganado la guerra y, por tanto, la apuesta.

—¿Qué apuesta?

—Mil lempiras.

—¿Eso es todo?

—Y destinado, además, a una cena nada bélica para todos los oficiales y soldados que nos habrán estado ayudando en el juego. Entiéndalo de una vez, señorita Montfort: esto es un juego entre amigos. Pero si a la CIA le molesta, Nemesio y yo empezaremos a pensar en la conveniencia de aprender a jugar al ajedrez.

—Nadie ha mencionado aquí a la CIA, general.

Porfirio Alcázar le dirigió una mirada amable, pero irónica y, quizá, un tanto furiosa al fin.

—¿Quién sino la CIA podía estropearlo todo metiéndose donde no la llamaban, como siempre? —refunfuñó.

—Un momento, un momento… No fue nadie de la CIA quien inició todo esto, general. Y aunque me alegra mucho haberme

enterado de que todo esto es un juego, le diré que han muerto varios hombres en él. Han muerto de verdad… ¿Qué explicación podría usted darme al respecto?

—¿Tengo obligación de darle explicaciones?

—Ciertamente que no —parpadeó Brigitte—, pero…

—Mire, yo no sé lo que está pasando, y le aseguro que soy el primer sorprendido por esos trágicos acontecimientos. Para mí, esto ha sido en todo momento una distracción, y nada más.

—Esa distracción ha costado la vida a varios hombres. Y pregúntele a su… ayudante de campo si los que lo capturaron a él hace unas horas estaban bromeando.

Alcázar miró a Valero, que se pasó la lengua por los labios. El general quedó vacilante, pensativo, y por fin abrió los brazos en un gesto de impotencia.

—¿Qué puedo decirle? —susurró—. Por mi parte, insisto, todo esto no es más que una distracción con soldados de juguete…

—Los espías que están interviniendo en esto, no son de juguete, general… ¿Qué clase de espías está utilizando usted?

—¿Yo? —Respingó Alcázar—. ¡Ninguno!

—¿Ninguno? ¡Vamos…! ¿Cuándo ha visto usted una guerra sin espías? Empecemos por el principio: ¿conocía usted a un hombre llamado Santiago Pérez?

El general y el coronel cambiaron una rápida mirada que, desde luego, no pasó desapercibida para Brigitte.

—No —musitó Alcázar.

—¿Estás seguro? —Inquirió acremente la espía—. Yo tengo la certeza de que sí lo conocían… Pues bien, ese hombre fue quien vendió a un negro llamado Atanasio Morata la información de que los quinientos mil hombres del general Alcázar habían sido lanzados al ataque… ¿Quién informó a Santiago Pérez de eso?

Los rostros de Alcázar y Valero se habían nublado. Valero le hizo una seña al general y los dos se alejaron hacia la otra punta de la maqueta, donde estuvieron cuchicheando medio minuto. Por fin, el general, que había estado negando con la cabeza, vaciló y acabó por afirmar. Volvieron los dos ante Brigitte, y Valero dijo:

—Santiago Pérez era uno de los soldados de la guardia establecida aquí, señorita Montfort.

—Ah… Bien, muchas gracias. Puestas así las cosas, general, yo

puedo decirle que tenía usted razón al decir *que se olía que el general Lucientes esperaba su ataque precisamente tal como usted lo había planeado*. La cosa no puede estar más clara: Santiago Pérez le traicionó a usted con el general Lucientes, le… vendió la información de su ataque.

—¿Sugiere usted que Nemesio está… utilizando espías?

—¡Por el amor de Dios…! ¿No puede comprenderlo?: Santiago Pérez se las arregló para echar un vistazo a sus dispositivos tácticos, y fue a ganar un dinero cerca del general Lucientes. Pero la cosa debió hacerle gracia y tuvo la… humorada de vender la misma información, aunque sin entrar en detalles reales ni tácticos por parte de usted, a un negro llamado Atanasio Morata, que trabajaba para la CIA, y el cual se apresuró a facilitar tal información a su jefe, quien, a su vez, la envió a Washington a toda prisa, sin más. Luego, se puso a investigar… y desapareció. También había desaparecido Santiago Pérez. Y, finalmente, no se podía encontrar tampoco a Atanasio Morata; Luego, encontramos a los tres: Santiago Pérez aparece en la orilla del Choluteca, cosido a navajazos; Atanasio Morata es hallado en su choza, muerto a balazos; y el hombre de la CIA estaba en una choza, bestialmente maltratado, casi agotado… ¿Todo esto le parece a usted un juego?

—Para mí es sólo eso.

—Pues, general, su… juego le está costando la vida a varios hombres… que no son de plástico, se lo aseguro. ¿Qué me dice del coronel Valero? Yo vi cómo lo capturaron, y suerte ha tenido de eso… De no ser por mi intervención, en estos momentos estaría en muy mal estado…, a menos, quizá, que hubiese facilitado a alguien sus dispositivos tácticos para contener el contraataque del general Lucientes.

—¿Qué trata de decir? —Respingó Alcázar—. ¿Qué Nemesio está dirigiendo todo esto sólo para ganarme la guerra?

Brigitte se quedó mirando atónita a Porfirio Alcázar. ¿En verdad se podía llegar a esta conclusión? ¿Se podía admitir que el general Lucientes estuviese matando a hombres y contratando espías y traidores a Alcázar para ganarle aquella guerra de salón…? ¿Era esto factible, tenía sentido?

—Francamente, general —tuvo que admitir—, no podría asegurar eso. Pero…, ¿se le ocurre a usted alguna otra explicación?

—Creo que estamos sacando las cosas de quicio —dijo muy juiciosamente Juan Luis Valero—. Yo considero absurdo que el general Lucientes esté haciendo semejante cosa.

—Le haré la misma pregunta que al general —lo miró Brigitte fijamente—: ¿se le ocurre a usted alguna otra explicación, coronel?

—Pues no, pero…

—Maldición —masculló Alcázar—. ¡A mí tampoco se me ocurre ninguna otra explicación! ¡Y lo vamos a saber en seguida!

* * *

El general Nemesio Lucientes contemplaba como alucinado a su colega y amigo Porfirio Alcázar. Como éste, Lucientes se hallaba en pijama y bata, y había aparecido medio dormido, acompañado del oficial de su guardia que había subido a despertarle.

Brigitte, Porfirio Alcázar y Juan Luis Valero habían sido admitidos inmediatamente en el… puesto de mando de Lucientes, e introducidos en la casa sin el menor inconveniente, aunque sí con cierta inquietud por parte del oficial que los había recibido.

En aquellos momentos, mientras Alcázar terminaba una airada exposición de los hechos que conocía, Lucientes parecía al borde del colapso, muy abiertos los ojos y la boca. Era más o menos de la misma edad que Alcázar, pero algo más alto y grueso, con una ligera calvicie, y sin señales de sangre india en sus facciones.

—Pero…, ¿qué demonios estás diciendo? —Exclamó por fin, enrojeciendo—. ¡Yo no tengo nada que ver con todo eso!

—¡Estás mintiendo! —aulló Alcázar.

Ahora Lucientes quedó lívido. Apretó los puños y dio un paso hacia Alcázar.

—Porfirio… —empezó a decir con tono sordo, amenazador.

—Caballeros, tengan calma —se apresuró a mediar Baby—. No vamos a resolver nada con un intercambio de ridículos golpes. Ni con gritos o amenazas que no expliquen con claridad los hechos.

—¿Y a usted quién demonios la ha metido en esto? —vociferó Lucientes, mirándola iracundo.

—Pues, general Lucientes, me ha metido en esto la muerte de varios hombres y, en principio y básicamente, la desaparición de uno de mis compañeros de la CIA.

—¡La CIA puede irse a la…!

—Su actitud es la de un niño… muy mal educado, desde luego, general.

—Está bien… ¿Qué es lo que quieren? ¿Qué admita que he estado dando órdenes para que varios hombres sean asesinados, o todo ese enredo que acaban de explicarme?

—Solamente le estamos preguntando su participación en todo eso, general… Si es que ha existido tal participación.

—Yo no tengo por qué dar explicaciones a la CIA Es más, ¿quién es usted y con qué derecho está… operando en territorio donde sabe muy bien que no gozan de simpatías? ¿Qué clase de desfachatez es la suya, que viene a un país poco amistoso a meter sus narices donde le da la gana? ¡Porque, vamos, hace falta tener la cara bien dura para venir a pedir explicaciones a dos generales que…!

—Sobre todo eso posiblemente tengas razón —cortó Alcázar—. Pero seguimos sin tener una respuesta por tu parte. Y *a mí* me interesa esa respuesta, Nemesio.

Éste se quedó mirando a su colega, con el ceño fruncido. De pronto encogió los hombros, y farfulló:

—De acuerdo… Está bien, lo admito, Porfirio.

—¿Qué es lo que admites? —Respingó Alcázar.

—Demonios, es cierto que yo soborné a Santiago Pérez… ¡Y no me vengas con asombros tontos!

—Eso es una cochinada.

—¡Pero qué cochinada ni qué co… eos, hombre! ¿Estamos en guerra o no estamos en guerra? Y dime otra cosa; ¿acaso tú no has preparado tu equipo de espionaje respecto a mis tácticas?

—No.

—Pues en ese caso, más valdría que pidieses la baja definitiva del ejército. Mira, seamos sensatos… Para las personas que nos rodean, todo esto es ciertamente un juego, pero no para nosotros. Vamos, Porfirio, vamos… Los dos somos militares profesionales, de siempre. Nos conocemos hace muchos años, y yo creo que somos amigos. Pero esto es como… como dos boxeadores, que pueden ser todo lo amigos que quieras en la vida privada, pero que cuando suben al cuadrilátero se ponen morados a golpes, y los dos quieren ganar el combate. Por otra parte, la guerra es la guerra, por muy en

broma que nosotros la estemos haciendo. El espionaje ha existido siempre. ¡Y qué demonios…! Nosotros nos estamos tomando en serio esta guerra, ¿no es así? Para nosotros tiene importancia… ¿O no, Porfirio?

—Bueno…

—En ese aspecto —sonrió la espía—, estoy de acuerdo con el general Lucientes. Debemos admitir, general Alcázar, que usted ha sido bastante ingenuo al no organizar también su servicio de espionaje: las cosas, o se hacen bien o no se hacen. ¿Hay guerra…? Muy bien; pues hay espionaje.

Pero, a todo esto, el general Lucientes sigue sin darnos una explicación completa.

—No tengo nada más que decir —la miró hoscamente Nemesio Lucientes—. He admitido que soborné a Santiago Pérez, y ya está. No sé absolutamente nada más sobre este asunto.

—En definitiva —aclaró Brigitte—, usted no sabe nada sobre la muerte de Santiago Pérez, ni la de Atanasio Morata, ni sobre las torturas a que ha sido sometido uno de mis compañeros, ni sobre el… rapto del coronel Valero que podríamos considerar como una tentativa de conocer las disposiciones tácticas del general Alcázar por medio de la tortura. ¿Correcto?

—Hasta a mí me parece excesivo todo eso, la verdad —masculló Porfirio Alcázar.

—Hombre, muchas gracias —exclamó Lucientes—. ¡Por fin te pones en razón! Insisto: soborné a Santiago Pérez, igual que en la realidad se sobornan militares, diplomáticos y gente de toda clase. ¡Y eso es todo, maldición!

Brigitte se quedó mirando a uno y a otro. ¿Verdad o mentira? ¿Mentía uno solo… mentían los dos, o no mentía ninguno? Lo indudable era que alguien… Frunció de pronto el ceño, abrió el maletín y sacó la radio de bolsillo, abriendo el canal.

—Simón —habló secamente—, le dije que yo le llamaría…

—Patrick Carson ha muerto —oyó la tensa voz de Simón I—. Ya no hace falta que le llamemos P. C. ni Simón-Tegucigalpa.

Los tres hombres que contemplaban a Baby la vieron palidecer intensamente. Vieron cómo tragaba saliva y el ligero y brevísimo temblor de la mano que sostenía el paquete de cigarrillos con la radio camuflada.

—Está bien —susurró ella, por fin, con voz velada—. Está bien, Simón. Pase a recogerme dentro de quince minutos delante de la Iglesia de los Dolores, como la otra vez.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Dé órdenes para que preparen el traslado del cadáver a casa. ¿Hay inconvenientes para eso?

—Ninguno.

—Pues hasta dentro de quince minutos.

Bajó el cigarrillo, guardó el paquete, cerró el maletín y se dirigió hacia la gran puerta doble tras la cual debía estar, sin duda, la maqueta donde Nemesio Lucientes tenía sus «fuerzas» listas para repeler el ataque de las de Porfirio Alcázar…

—¿Se va usted? —murmuró Valero.

Ella se volvió hacia aquella puerta, pero encogió los hombros. ¿Qué le importaba a ella aquella estúpida guerra de salón?

—Así es, coronel. Los dejo a ustedes con su guerra…, y que se diviertan.

—Mire, señorita —dijo suavemente Lucientes—, nosotros no tenemos nada que ver con todo eso. Que usted considere estúpida nuestra diversión, no nos interesa ni poco ni mucho. Pero, por mi parte, quiero decirle algo: aun lamentando la muerte de ese compañero suyo, y las demás, sepa que la CIA no goza de simpatías aquí, y le… exigimos que lo comunique así en Washington, para que nos dejen en paz.

—Poca paz puede desear quien se divierte organizando guerras, general Lucientes —replicó Baby—. Sin embargo, les aseguro que la CIA ha perdido todo su interés por su «divertido» juego. Nadie volverá a molestarles. Pero —sus ojos parecieron congelarse— será mejor que tampoco nadie me moleste a mí mientras me dedico a saber quién y por qué ha matado a uno de mis compañeros… Buenas noches, caballeros.

Los tres hombres quedaron solos. Durante unos segundos permanecieron silenciosos, cabizbajos, evidentemente incómodos. Por fin, Lucientes murmuró:

—Supongo que todo sigue igual entre nosotros.

—Igual, no —replicó vivamente Alcázar—: yo también pienso establecer mi servicio de espionaje, Nemesio.

—Pero hombre, si eso es normal —gruñó Lucientes—. Yo estaba

seguro de que ya lo tenías en marcha, como yo. Esta es una guerra sin tregua ni cuartel… ¿Qué otra cosa podías esperar?

—Está bien. Ya no habrá sorpresas. Vámonos, Valero.

Finalmente, Nemesio Lucientes quedó solo. Estuvo más de un minuto pensativo. Luego, subió a su dormitorio y se sentó en el borde de la cama, contemplando el teléfono de línea directa que había sobre la mesita de noche. De pronto, descolgó el auricular, marcó un número…

—¿Sí? —Oyó la voz.

—Han estado aquí; Alcázar, Valero y esa mujer.

—¿Ha podido arreglarlo todo?

—Claro. Dudo mucho que sospechen algo de mí. He sido muy convincente.

—Entonces, no se preocupe.

—Es que… Bien, hay algo que no me gusta.

—¿Qué es?

—Esa mujer… El agente de la CIA que se llevaron de la cabaña ha muerto. Ella ha estado hablando con un hombre llamado Simón, que le ha…

—¿Simón? —Se tensó la voz al otro lado—. ¿Ha hablado con un hombre llamado Simón?

—Sí. Es el que le ha comunicado la muerte del otro… Han quedado citados delante de la Iglesia de los Dolores, no sé para qué.

Nemesio Lucientes esperó una respuesta, un comentario, pero nada de esto llegó a su oído. El silencio se prolongó tanto que insistió:

—¿Me está oyendo?

—Sí… Sí, desde luego. Usted está seguro, claro, que esa mujer es la que estuvo en la cabaña, la de la bengala…

—Sí, claro.

—Formidable. Y casi increíble…, pero todo tiene una explicación sensata ahora. Yo no podía terminar de creer que esa mujer y Valero pudieran escapar de la cabaña, del cerco alrededor de ésta, de la trampa junto al coche… Ahora todo tiene sentido.

—No le comprendo.

—Siga durmiendo, general. Yo me encargo de todo.

Clic.

Nemesio Lucientes apartó el auricular y se quedó mirándolo.

Encogió los hombros, colocó el aparato sobre la horquilla, se quitó la bata y se acostó. Apagó la luz. Los acontecimientos no eran precisamente para facilitarle el sueño, pero, sobre todo, le parecía ver ante él aquellos hermosos ojos azules, que habían parecido dos trozos de hielo en determinado momento…

* * *

Como dos perlas de cristalina agua, las lágrimas se deslizaron por las mejillas de la agente Baby, mientras sus manos acariciaban el rígido rostro barbudo, frío, de Patrick Carson, del hombre de la CIA en Tegucigalpa llamado P. C., de Simón-Tegucigalpa, en fin.

Alrededor de ella, mirándola, cinco hombres: Simón I, Simón II, otros dos Simones, resto de la CIA en Tegucigalpa, y el médico que, en vano, había intentado salvar la vida a Patrick Carson.

—No se podía hacer nada —murmuró este último—. Tiene roto un brazo, como machacado; hundidas media docena de costillas, golpes en los genitales y en todo el cuerpo, incluso en la cabeza. Lo han… reventado a golpes, eso es todo.

Baby asintió con la cabeza, y las dos lágrimas cayeron sobre el rostro de Simón-Tegucigalpa. La espía se incorporó y cubrió de nuevo con la sábana el rostro del desnudo cadáver, cuyo helor parecía estar contagiándose a todos los reunidos en la pequeña habitación.

—Llévenselo —murmuró—. Y márchense todos con él. Todos.

—No puede quedarse usted sola aquí —se resistió Simón I.

—¿Por qué no?

—Bueno… Mire, esa guerra puede ser de salón, como usted dice, pero lo cierto es que los hechos son de guerra auténtica. ¿Cree usted que eso —señaló el cadáver— lo ha hecho alguien que está haciendo una guerra de salón?

—Desde luego que no. Por eso quiero que se marchen todos.

—Pero es que…

—Mírenlo bien —señaló también Brigitte hacia el cadáver—: ¿creen que un hombre al que le hacen todo eso es capaz, de permanecer con la boca cerrada? Tiene que haberlo dicho todo, empezando por los nombres y direcciones de ustedes en Tegucigalpa…

—Si así fuese, si Patrick hubiese hablado sobre nosotros, ya nos habrían venido a molestar, ¿no le parece?

—No. ¿Para qué molestarse? Lo que interesaba era mantener alejada a la CIA de este asunto, sea el que sea. Ya tenían al único agente de la CIA que, quizá, había descubierto algo… ¿Para qué complicarse, pues, la vida atacando a otros? No hay enemigo más cómodo que el que ignora nuestra existencia.

—Pero a usted y a Valero los atacaron en aquella cabaña.

—Posiblemente, querían a Valero. Y de todos modos, no vinieron a por nosotros, sino que nosotros fuimos allá. Y, Simón, no tengo ganas de discutir. Me voy a descansar a mi hotel… Dentro de una hora, les llamaré por la radio… pero ustedes tendrán que estar ya fuera del alcance de mi onda, es decir, a más de cincuenta millas de aquí. Eso es todo; no me gustaría que estuviesen lo bastante cerca para captar mi llamada. ¿Está claro?

Nadie contestó, pero, desde luego, estaba clarísimo. La espía recogió su maletín, dirigió una última mirada al bulto cubierto por la sábana y salió del cuarto.

Capítulo VI

El timbre del teléfono la despertó al instante. Se sentó en la cama, encendió la luz y miró su relojito: las cuatro y media. De la madrugada, por supuesto.

—¿Sí?

—¿Señorita Montfort? —preguntaron en perfecto inglés.

—Sí —se envaró la espía—. Sí, diga.

—Tengo un recado para usted… Escúchelo bien: hay cinco hombres, uno de ellos cadáver, que jamás llegará a Estados Unidos.

—¿Qué dice? —Palideció Baby.

—Usted me ha entendido perfectamente. Sin embargo, quizá podamos llegar a un acuerdo. Le propongo una entrevista y, si durante ella conseguimos que nuestros intereses lleguen a converger, es muy posible que todo termine bien… para todos.

Brigitte miró ansiosamente hacia su maletín, que había dejado sobre un silloncito, pero el desaliento cundió en ella en el acto: había llamado a los Simones por la radio una hora después de despedirse de ellos, en efecto, y no había recibido respuesta, con lo cual, se entendía que estaban ya a más de cincuenta millas de Tegucigalpa. Pero…, ¿era así o, desdichadamente, no podían contestar por otra causa?

—¿Qué clase de entrevista? —susurró.

—Pues una entrevista personal, naturalmente.

—¿Quién es usted?

—Digamos que soy el hombre que tiene a su disposición a cuatro hombres vivos y a uno muerto. ¿Lo entiende?

—Sí. Pero no lo creo.

—¿De veras? Muy bien, en ese caso supongo que no hay nada más que hablar. Lamento haberla molestado a estas horas…

—Espere —unas gotitas de sudor aparecieron en la frente de la espía internacional—. Espere un momento. ¿Puede probarme que

tiene a esos hombres?

—Con mucho gusto. Un momento, por favor.

Hubo unos segundos de silencio. Y de pronto, a oídos de Brigitte llegó una voz jadeante y ronca:

—Baby, es… es un chino… Nos han…

—Ya basta —se oyó de nuevo la voz del otro—. ¿Está convencida?

—Todavía no. Quisiera hablar más con ese hombre.

—Temo —la voz adquirió un matiz duro y sarcástico— que tardaremos mucho en reanimarlo…, y era el único que se mantenía en pie todavía: muy resistentes, estos muchachos americanos. El otro me dio también mucho trabajo, sin duda. ¿Su última palabra, señorita Montfort?

Brigitte se pasó la mano libre por la frente, ahora inundada de sudor. ¿Por qué tenía que dudarlo?

Evidentemente, Patrick Carson había sido sometido a tal presión física que podía haber contestado a todas las preguntas que quisieron hacerle, con lo cual, el hombre que estaba hablando ahora con ella, había entrado en posesión de informes lo bastante importantes, en efecto, para poder aniquilar a toda la CIA directa en Tegucigalpa… También podrían estar mintiéndole, tendiéndole una trampa a ella, pero lo cierto es que, entre cien probabilidades, había noventa y nueve a favor de la primera suposición: tenían a los Simones.

—¿Dónde y cuándo nos vemos? —preguntó fríamente.

—Salga de su hotel dentro de diez minutos exactamente.

Clic.

Y exactamente diez minutos más tarde, la señorita Montfort salía del «Hotel Tecopeh», con su maletín. Había ya una ligera claridad de alba por el Este, pero, de todos modos, habría visto perfectamente el coche que apareció silenciosamente por la esquina y fue a detenerse delante mismo del hotel. La puerta derecha de atrás se abrió y la espía, sin vacilaciones, entró en el coche, que reanudó la marcha inmediatamente.

Al volante, un hombre que la pareció mestizo de indio y negro. Junto a ella, en el asiento de atrás, dos chinos, que la miraban fijamente. De pronto, uno de ellos pasó al otro lado, de modo que ella quedó en medio de ambos.

—¿Lleva armas?

—Una pistola. En mi maletín.

El chino que había hablado se lo quitó, con delicadeza. Lo puso sobre sus rodillas, vaciló, y por fin lo abrió. Lo primero que vio fue precisamente la pistola.

—¿Nada más?

—Nada más. Si desean regístrame pueden hacerlo, y…

Por detrás apareció un brazo del otro chino. Baby todavía tuvo tiempo de ver la húmeda compresa en la mano, antes de que fuese apretada contra su boca y nariz. Intentó resistirse, pero el otro brazo del chino que tenía detrás y a la derecha rodeó su cuello, y el que había estado hablando con ella le sujetó fuertemente las manos. En condiciones normales, se habría llevado una gran sorpresa al intentar sujetar aquellas delicadas muñecas, pero no eran condiciones normales…, y el narcótico cumplió su cometido en pocos segundos.

Inconvenientes de madrugar.

* * *

—Puede ponerse sus ropas —oyó la voz muy lejana—. Ya las hemos examinado detenidamente y, en efecto, no contenían arma ni truco alguno. Lo cual no puede decirse de su maletín, ¿verdad?

Consiguió despegar completamente los párpados, pero, ante ella, todo era todavía borroso. Sacudió la cabeza y vislumbró a un hombre de pie. También tuvo la dolorosa sensación del sol en sus pupilas, así que apretó los párpados, para ir abriéndolos luego lentamente.

Al mismo tiempo, notaba un intenso frío en la espalda y un sordo dolor en todo el cuerpo. Lo comprendió cuando se sentó, finalmente: había estado tendida en el suelo, desnuda y a juzgar por la intensidad del sol, no menos de tres o cuatro horas.

Alzó la cabeza y sus azules ojos quedaron fijos en el chino que, de pie, parecía proyectarse hacia el techo. Sonreía amablemente, pero con esa amabilidad soterrada, en realidad inexpresiva de los orientales; una sonrisa que no significaba absolutamente nada. Tenía los ojos negrísimos, redondos, rodeados de arrugas. Con una huesuda mano esbelta, aristocrática, se daba tironcitos en la

blanquísima barbita. Debía tener por lo menos setenta años.

Sin decir una sola palabra, Brigitte recogió sus ropas del suelo y comenzó a vestirse, contemplada siempre amablemente por el viejo chino.

—Seguramente, estará muy sorprendida de que yo me atreva a permanecer solo y desarmado delante de usted —continuó el chino —, pero puedo aclararle ese aparente valor mío ante la mujer que sin la menor duda, es la más peligrosa del mundo: nada menos que la agente Baby… Capaz de todo. De todo. Nosotros, en China, hemos tenido, y tenemos, agentes en verdad bien preparados para cualquier misión, pero jamás hemos conseguido imprimir a ninguno ese… grado de perfección con que siempre ha firmado usted sus trabajos. ¿Cómo lo consigue?

Brigitte le miró con indiferencia.

—Cuestión de suerte —replicó.

—¿De suerte? —Alzó las blancas cejas el chino—. Oh, no… No, no, no, de ninguna manera. La suerte se tiene una vez, o dos, o diez… Pero no dura siempre. Se ve que… Si, quizá sea eso: suerte. Y su suerte se ha terminado. ¿No está de acuerdo?

—Todavía no lo sabemos.

El chino rió suavemente.

—Yo diría que sí lo sabemos; ha terminado ya. Sé con toda seguridad que mientras yo tenga en mi poder a sus cuatro compañeros vivos, usted será la mujer más dócil del mundo… ¿Queda explicado mi valor, ahora? Por supuesto, usted ha comprendido que tan sólo con que intente atacarme, sus cuatro… Simones serán degollados. ¿Verdad que lo ha comprendido?

—¿Están bien? ¿Puedo verlos?

—Le juro por Buda que, por el momento, están perfectamente. Ni un rasguño, ni un golpe. De verdad.

—Lo cual no puede decirse de Patrick Carson.

—Ah, sí… Fue un hombre muy duro de pelar, pero, claro, usted ya sabe lo que pasa: tarde o temprano, los espías tienen que… soltar la lengua, si me permite esta expresión. Así que, prácticamente, he dispuesto de todo el… dispositivo de la CIA en Tegucigalpa. Sólo que…, ¿para qué molestarme? Yo tenía que esperar a ver qué hacía la CIA una vez en posesión de ese informe que delataba la iniciada guerra entre los generales Lucientes y Alcázar… Y la CIA la envió a

usted. Asombroso: cientos de buenos agentes chinos llevan años y años intentando eliminarla a usted y, de pronto, con toda facilidad, usted cae en poder del que, posiblemente, es el más viejo e inofensivo de todos.

—Decididamente, entonces, usted está trabajando para China.

—Naturalmente —se sorprendió el viejo—. ¿Para qué otra causa, si no? Digamos que se me asignó un… último servicio especial, considerando que, precisamente, mi edad era la adecuada para dirigir con inteligencia este asunto. Y las cosas me están saliendo tan bien que incluso la tengo a usted…

—Si no hubiese utilizado a mis compañeros, jamás habría conseguido capturarme.

El viejo chino asintió con la cabeza, preocupado el gesto.

—Sí —admitió—. A decir verdad, estuve tentado de atacarla directamente, pero me pareció provocar una innecesaria violencia. De modo que, en lugar de atacarla delante de la Iglesia de los Dolores, me dediqué a vigilarla, a seguirla. De este modo, llegué a donde la esperaban sus compañeros, con el cadáver del señor Carson. Luego, la vimos salir… Uno de mis hombres la siguió a usted hasta el «Hotel Tecopeh», y los demás nos las arreglamos para capturar a los Simones… Curioso nombre. Es decir, no el nombre en sí, sino el hecho de que usted los llame Simón a todos. ¿Por qué?

—Le podría explicar la verdad de ese nombre y, también, decirle cien mil mentiras al respecto, pero creo que nada de lo que yo pudiera decir le interesa a usted.

—Es posible. Bien, como quiera que sea, cuando supe que usted tenía relaciones con hombres a los que llamaba Simón, tuve la sensación de que todo mi trabajo estaba en peligro. Y, claro, comprendí la asombrosa facilidad con que usted y el coronel Valero habían salido de mi pequeña trampa… Muy ingenioso y audaz lo de la bengala, ciertamente. Y no poco arriesgado para usted… ¿Quiere un cigarrillo, quizá?

—Se lo agradecería.

—No faltaba más —el chino le ofreció un paquete y un encendedor, sonriendo—. Tenga cuidado con el encendedor: contiene una microcámara.

—Asombroso —opinó Brigitte, expeliendo humo.

El chino se echó a reír, recuperando el encendedor y los

cigarrillos.

—¿No le interesa saber cómo conseguí capturar a sus compañeros sin que se vertiese una sola gota de sangre?

—Me parece que está usted impaciente por demostrarme lo muy listo que es. Bien: ¿cómo lo consiguió?

—A la inversa.

—¿A la inversa?

—Sí. A usted le he dicho que los tenía a ellos, y ha capitulado en seguida. Pues bien: a ellos les dije que la tenía a usted y no vacilaron ni un segundo en entregarse.

—Verdaderamente, es usted muy listo… ¿Cómo se llama, si puede saberse?

—Llámeme Padre de Cien Hijos.

—¿Está seguro de que no es a la inversa?

Padre de Cien Hijos parpadeó, desconcertado ahora él.

—¿A la inversa?

—Quiero decir que quizá lo que es usted es un… hijo de cien padres. Ya me entiende, ¿verdad?

—Por supuesto —asintió afablemente el chino—. Pero soy ya demasiado viejo para que me afecten insultos de tan poca categoría. Por cierto que, de acuerdo a todo lo que tengo oído de usted, sus palabras, insultantes y groseras, no encajan con su personalidad.

—Lamento decepcionarle.

—No se preocupe. Y ya que hablamos de personalidad, vayamos finalmente al grano. ¿Cuál es la suya? Su personalidad, quiero decir… He visto varios pasaportes en ese asombroso maletín, así que estoy desconcertado. ¿Quién es usted?: Nora Tisdale, Monique Lafrance, Brigitte Montfort, Lili Connors… ¿Cuál es su verdadero nombre, de esos cuatro?

—¡Cómo! —exclamó irónicamente Brigitte—. ¿Sólo llevaba cuatro? ¿Nada más cuatro pasaportes?

—Nada más —rió Padre de Cien Hijos.

—¿Está seguro de que no llevo el pasaporte ruso a nombre de Galina Cherkova?

—Segurísimo.

—Imperdonable olvido… Tendré que reprender a mis ayudantes cuando regrese a Estados Unidos.

—No deje de hacerlo —volvió a reír el chino—. Una espía de su

categoría no puede tener el menor fallo. Bien…, ¿cuál es el nombre verdadero de entre todos ellos?

—Adivínelo, ya que tan listo es.

Una vez más sonrió Padre de Cien Hijos. Miró su reloj de pulsera, asintió con un gesto y preguntó:

—¿Conoce usted a *I Ching*?

—No demasiado, aunque, naturalmente. Sé de qué se trata.

—Será un placer para mí ampliar sus conocimientos al respecto, aprovechando que todavía disponemos de tiempo.

—Tiempo…, ¿para qué?

—El *I Ching* se lo dirá… El *I Ching* lo dice siempre todo Venga conmigo, por favor. Charlaremos… La verdad es que soy poco hablador, pero me estoy convenciendo de que con usted la conversación resulta grata. Naturalmente, la agente Baby no podía ser una zafia mujerona todo músculos, claro —abrió la puerta del cuarto—, sino una persona de gran inteligencia y cultura. Y a propósito de cultura y de inteligencia: ¿entiende usted algo sobre la guerra?

—Un poco. Sé que, en general, respalda los intereses en beneficio de unos pocos y perjuicio de unos muchos. Porque, Padre de Cien Hijos, no me irá usted a decir que puede haber existido o existir una guerra que tenga su origen en una… «causa noble», ¿verdad?

—Es usted muy aguda.

—Y, además, no me gustan las guerras. Ni siquiera las de salón, como ésa en la que están empeñados sus amigos.

Habían salido a un corto pasillo, y el chino quedó como clavado en el suelo.

—¿Mis amigos? —murmuró.

—Acaba usted de admitir mi inteligencia: ¿por qué sorprenderse de ella, entonces? Mire, padre de cien chinos, solamente tres personas sabían que yo acudiría de la Iglesia de los Dolores esta noche: Nemesio Lucientes, Porfirio Alcázar y Juan Luis Valero. Lo sabían solamente ellos tres, porque estaban conmigo cuando yo cité a mi compañero Simón para encontrarnos quince minutos más tarde delante de la Iglesia de los Dolores. Y usted, según me ha dicho, estaba allí. ¿Cierto?

—Cierto —admitió el chino.

—Pues no me diga que obtuvo esa información por medio del *I Ching*. La cosa no puede estar más clara: uno de esos tres hombres le avisó a usted, le puso al corriente… ¿Cuál de los tres, padre de cien mil chinos?

—Solamente de cien hijos —sonrió el anciano—. Es usted verdaderamente observadora. Pero, comprenda, yo no voy a explicarle a usted cuál es mi… red, mi sistema de trabajo. Por favor, sigamos. Quiero enseñarle algo.

Recorrieron el corto pasillo, abrieron la puerta del fondo y entraron en un cuarto más grande. Brigitte alzó las cejas al contemplar la maqueta, idéntica a las que tenían en sus domicilios los generales Lucientes y Alcázar.

—¿Usted también se dedica a la guerra de salón?

—Solamente como consejero militar. Y naturalmente, dirijo todo el servicio de espionaje sobre esta contienda.

—¿No es usted demasiado viejo para jugar a soldados?

—Las guerras, señorita… Baby, no se ganan con músculos, sino con cerebros.

—Y con armas.

—Oh, las armas son solamente… artefactos a disposición de los cerebros. Bien —señaló la maqueta—, ¿cómo ve usted la situación estratégica en el campo de batalla? Esperaba haber obtenido mayores ventajas debido a la información que pensaba… solicitarle al coronel Valero, pero usted lo estropeó todo. Así que he tenido que valerme de mis propios medios. ¿Qué opina?

La espía más astuta del mundo estuvo un par de minutos contemplando el campo de batalla, la disposición de todos los elementos. Por fin, miró a Padre de Cien Hijos, y dijo:

—De manera que su amigo es el general Lucientes…

—¿Por qué ha llegado a esa conclusión?

—Porque, por el momento, usted ha dispuesto las cosas de tal modo que la victoria que sólo puede ser de él, de Lucientes.

—¡Ah…! Entonces, ¿le parece a usted que mi estrategia favorable al general Lucientes es la correcta para ganar esta guerra?

—Por lo menos, la siguientes batalla… Falta saber, sin embargo, cómo reaccionará el general Alcázar. Si, como es de esperar en un general, tiene la más ligera sospecha de ese desplazamiento de las tropas de Lucentes hacia el Sur, es de esperar que envíe carros de

combate y aviación a esa zona. En tal caso, la contienda volvería a nivelarse bastante.

Padre de Cien Hijos entornó los ojos.

—Habría que pensar en el modo de evitar esa reacción por parte del general Alcázar, ¿no le parece?

—Sin duda alguna.

—Y… ¿usted qué haría? Si fuese usted Alcázar, claro.

—Una maniobra muy simple, que ocasionaría no pocas molestias y distracción de tropas al general Lucientes: evitaría ese paso por El Salvador, y esperaría a Lucientes en la frontera de Guatemala y Honduras.

—Pero eso no puede ser, porque mientras usted esperaba, Lucientes le atacaría por el Sur…

—Ataque insignificante. Usted olvida que El Salvador no permitiría a las tropas de Lucientes el paso por su territorio, con lo que, desorganizadas, las fuerzas de Lucientes tendrían que retroceder, dar la vuelta y cargar entonces, considerablemente agotadas, hacia la frontera de Honduras y Guatemala… donde Alcázar, con sus tropas frescas, y habiendo tenido más que tiempo suficiente para disponer sus carros de combate y artillería pesada, dominaría la batalla de principio a fin.

—Magnífico —elogió sinceramente admirado Padre de Cien Hijos—. ¡Verdaderamente magnífico! Sin embargo, claro, usted no sabe que, precisamente, hay que pasar por El Salvador.

—Es país neutral: ninguno de los dos ejércitos tienen derecho a pasar por él.

—Es que no se trata de «pasar» por él, sino de «quedarse» en él, precisamente. Esa es la jugada clave.

—¿Cómo dice?

—Sí. Hay que ocupar El Salvador. Luego, Honduras… Y en poco tiempo, Guatemala sería dueña de lo que ahora son tres naciones diferentes.

—¿Quiere decir que el plan final del general Lucientes consiste en invadir El Salvador y Honduras, para quedarse con ambos?

—Exactamente. El paso de las tropas del general Lucientes por El Salvador, lógicamente, ocasionaría una protesta por parte de este pequeño país… ¿Consecuencias?: el general Lucientes declara también la guerra a El Salvador, lo ocupa…, y ya dispone de un

radio de acción mucho más amplio para que sus tropas invadan, finalmente, Honduras…, por la retaguardia del general Alcázar. Todo podría ser más perfecto si usted no me hubiese quitado de las manos al coronel Valero. Pero así, y forzosamente eliminado Santiago Pérez, tengo que pensar por mi cuenta. ¿Qué le parece la solución final?

—Muy brutal. Afortunadamente, sólo se trata de una guerra de salón, de un juego.

—¿Y si todo fuese de verdad?

Brigitte volvió a mirar la maqueta y se pasó la lengua por los labios.

—Sería espantoso —musitó.

—Quizá. Pero el espanto pasa, la paz vuelve o, al menos, la tranquilidad. Y Guatemala tendría un territorio mucho mayor, con una costa mucho más amplia en el Mar de las Antillas y en el Pacífico. Y, ¿quién sabe?, quizá, finalmente pudiese recuperar Belice, que por derecho le corresponde. A más poder, más facilidad para ampliar fronteras. Y… ¿se da cuenta?: dominando América del Centro, es fácil dedicarse a actividades de toda clase en América del Norte y América del Sur. Incluso se podría construir un canal…

—No hace mucho, ayudé a tres países a unirse —dijo fríamente la espía—. Pero era voluntad de ellos. En este caso, no permitiría de ninguna manera que Guatemala se anexionase Honduras y El Salvador…, y posteriormente Belice.

—¿Usted no lo permitiría? ¿Y quién es usted? No es nada ni nadie… ¿Qué clase de orgullo es el suyo, que habla de permitir o de prohibir? ¿Qué clase de mujer es usted?

—¿Por qué no se lo pregunta al *I Ching*? —sonrió Baby.

—Oh, sí… Es cierto. Lo había olvidado. Bien, ya he escuchado sus magníficas opiniones sobre esta guerra… de salón, lo cual me interesaba mucho. Ahora, podemos dedicarnos al *I Ching* ¿Le parece que salgamos al jardín?

Salieron al jardín. Un jardín recoleto, dispuesto de tal modo que nadie del exterior podía ver lo que ocurriese allí. Pero, muy cerca, se oía el paso de coches, el rumor de la ciudad…

—Podemos sentarnos en el suelo —sugirió Padre de Cien Hijos. Oh, perdóneme un instante: voy a por el libro.

La dejó allí, y entró en la casa. Cuando regresó, con el libro,

Baby estaba todavía con la cabeza baja, mirando las huellas que los zapatos del chino habían dejado en h tierra del jardín: tacones bien definidos, cada uno de los cuales había marcado seis pequeños circuitos. La espía alzó al fin la cabeza, y su mirada, fría como auténtico hielo, quedó fija en los ojos del chino, que todavía dejó algunas huellas más, claramente visibles, antes de sentarse y pedir:

—Por favor, siéntese. ¿Le ocurre algo?

Brigitte no contestó. Se sentó ante el viejo, cruzó las piernas y se quedó mirándolo fijamente. En verdad, no hacían falta muchas explicaciones… Padre de Cien Hijos había sabido por medio del general Nemesio Lucientes que Santiago Pérez le había facilitado información sobre el ataque de las fuerzas del general Alcázar, y había ido para obtener más detalles todavía. Lo había buscado y, posiblemente, lo había visto con Atanasio Morata. Luego, a éste con Simón-Tegucigalpa… Era fácil sumar dos y dos. Entonces, Padre de Cien Hijos mata a Santiago Pérez con la navaja de Atanasio Morata, al cual ha matado antes a pistola tras averiguar la verdad de la jugada de Santiago Pérez. Deja las cosas de modo que unas investigaciones a fondo indiquen que un hombre ha matado al otro, y se va en busca de Simón-Tegucigalpa, lo captura, lo lleva a la choza y allí lo golpean, lo torturan a tal grado que acaba falleciendo…, tras poner a Padre de Cien Hijos en antecedentes de que ya ha enviado a Washington la noticia de que el general Alcázar ha lanzado quinientos mil hombres sobre Guatemala…

—Por la expresión de sus ojos, yo diría que está usted llegando a importantísimas conclusiones —deslizó el chino, siempre amablemente.

—Juguemos al *I Ching* —susurró ella.

—Bien… Como usted sabe, el *I Ching* es el libro venerado, reverenciado, de Oriente. No hay nada que él no sepa, tiene respuestas para todas las preguntas que se le formulen… Es el más antiguo de todos los libros, tan respetado, que incluso el gran Mao Tse Tung lo consulta. También el ejército japonés lo utilizó, como fuente de presagios, durante la última guerra… El *I Ching* no falla jamás, pero, claro, hay que saber interpretarlo.

—¿Y usted sabe?

—Naturalmente. Jamás me separo de él. Pero, veamos qué le depara a usted el *I Ching*… Las consultas a él dirigidas se suelen

hacer por medio de tablillas que se lanzan al aire y, según su disposición, se consultan los diversos exagramas del libro. Como no disponemos aquí de tablillas, servirán monedas… Tres monedas. Usted las irá lanzando, yo iré sumando sus factores según salgan caras o cruces y, después de seis tiradas, le diré cuál es su futuro… Permítame ofrecerle estas monedas, señorita Baby.

Brigitte las tomó y las dejó caer. Padre de Cien Hijos las miró con amable indiferencia y sonrió.

—Otra vez, por favor. Han de ser seis veces.

La espía tiró cinco veces más las monedas, cada vez el chino fue haciendo sus cálculos. Luego abrió el libro, buscó el exagrama que indicaban los cálculos realizados…

—Asombroso —dijo—. Realmente asombroso.

—¿Qué dice mi… horóscopo?

—Usted se está acercando a la Verdad… Cae hacia el fondo de la Verdad, como la tierra sobre las aguas de un estanque. Su signo es *Lin*, que significa precisamente El Acercamiento, La Llegada… Admirable. Todo indica progreso y éxito, fortuna y sabiduría. Pero… ocho meses más tarde, llegará el mal.

—¿Ocho meses más tarde? —sonrió despectivamente Baby—. Bueno, déjeme pensar… Estamos a septiembre de mil novecientos setenta y dos, de modo que hasta… mayo de mil novecientos setenta y tres, no debo temer nada. ¿Correcto?

—El *I Ching* no falla nunca. Nunca. Sin embargo —Padre de Cien Hijos miró de pronto hacia la casa, donde había aparecido uno de sus hombres en la puerta que daba al jardín; el chino hizo una seña, y Padre de Cien Hijos asintió—. Sin embargo, por esta vez, parece que el *I Ching* no ha respondido muy de acuerdo con su realidad del momento.

—¿Y cuál es mi realidad del momento?

—Permítame un instante, por favor.

El viejo chino se puso en pie y fue a reunirse con el otro chino, que era uno de los que habían recogido a Brigitte a la salida del hotel. Estuvieron cuchicheando medio minuto, el chino joven se fue y el viejo regresó a sentarse ante la espía.

—¿Buenas noticias? —preguntó ésta.

—Magnificas noticias y, precisamente, relacionadas con su futuro, del cual estábamos hablando. Un pesquero con matrícula y

enseñas guatemaltecas, está llegando a la costa del Pacífico. Su contenido: armas de muestra, para que el general Lucientes se convenza de que estamos dispuestos a facilitarle excelente material para su guerra…

—¿Armas de verdad para una guerra de salón?

—Señorita Baby: esta guerra de salón, como usted la llama, es sólo la preparación, el estudio previo a una auténtica guerra que va a iniciarse muy pronto…, con ligeras variantes… ¿No le gusta la idea, según veo?

Brigitte había palidecido. Estuvo unos segundos en silencio y luego musitó:

—Siga.

—*No more comment* —sonrió el chino—. No más comentarios sobre esa inminente guerra. Hablemos de usted, de su futuro: va a ser llevada a cierto lugar de la costa, muy discreto, donde el pesquero desembarcará las armas de muestra. Usted abordará ese pesquero, que la llevará a alta mar, al encuentro de un submarino, al cual será trasladada, para su viaje a China. Su envío va a proporcionarme, si bien tardíamente, mucho dinero y más gloria de la que ya tengo en mi país, pero, en fin, nunca lo bueno llega tarde, ¿no le parece? Cinco millones de dólares se pueden disfrutar incluso a mi edad. En cuanto a las mieles del éxito, no pueden desdeñarse a ninguna edad, me parece.

—¿Y mis compañeros? ¿Viajarán conmigo?

—Sus compañeros, señorita Baby, quizá hayan llegado ya a Estados Unidos.

—¿No los capturó?

—¿Para qué? A mí no me gustan las molestias innecesarias y, además, ellos no valen nada. Usted sí, y por eso está aquí, digamos… camino de China. Espero que no me guarde rencor por haberla engañado.

—De manera —sonrió luminosamente la divina— que no tengo que temer por ellos, que estamos usted y yo solos, mano a mano en este juego…

—No tan solos —Padre de Cien Hijos chascó dos dedos y cuatro hombres, dos chinos y dos mestizos, aparecieron en el jardín, armados—. Convénzase de ello.

Brigitte miró hacia los cuatro hombres, y de nuevo al viejo

chino. Su sonrisa persistía en los dulces labios.

—Convencida —dijo alegremente.

—Es usted una persona de extrañas reacciones —movió la cabeza el viejo—. ¿Qué es lo que tanto la alegra ahora?

—Seguramente, la perspectiva de mi viaje a China; es un país muy interesante.

—Me satisface mucho poder proporcionarle esta alegría… Perdóneme si no viajo con usted, pero tengo que recoger al general Lucientes en determinado lugar para llevarlo, ya anochecido, a ver esas armas de muestra. Nos veremos en el barco.

—Emocionante perspectiva, también.

—Usted —sonrió Padre de Cien Hijos— eleva el espionaje a categorías superiores. Bien… Le deseo mejor suerte con el *I Ching* para otra ocasión.

Hizo una seña y uno de los hombres se acercó… Esta vez, la superespía internacional no opuso la menor resistencia a ser narcotizada por el mismo procedimiento anterior.

Y para pasmo de todos, quedó dormida con una encantadora sonrisa en los labios.

Capítulo VII

Esta vez al despertar no se encontró desnuda, pero, en cambio, sí estaba atada muy sólidamente de pies y manos. Un vistazo fue suficiente para comprender que se hallaba en un camarote de un viejo y apestoso barco. El pesquero.

Sin miramiento alguno, rodó sobre la litera hasta caer al suelo como un fardo. Una vez allí, se las arregló para arrastrarse hasta la puerta del desvencijado y sucio camarote, a la cual acercó una orejita.

Silencio.

Entonces, la espía más peligrosa del mundo sonrió.

* * *

—Son armas de las mejores —aseguró Padre de Cien Hijos, sonriendo—. Podrá convencerse de ello en cuanto las vea.

—Así lo espero —murmuró Nemesio Lucientes—. Pero antes quisiera ver a esa mujer. ¿Está seguro de que no trabaja para Porfirio?

—¿Quién? ¿Baby? —Se quedó tirulato el viejo chino—. Vamos, vamos, general…

—Yo soborné a Santiago Pérez, ¿no? ¿Por qué habríamos de sorprendernos de que Porfirio hubiese contratado a una buena espía? Es mucho lo que nos estamos jugando él y yo.

—¿Llama usted «buena espía» a Baby? Me parece, general, que usted no ha entendido bien lo que ella significa para el espionaje mundial. ¿Buena? ¿Así de sencillo? Entérese de una vez de que es lo mejor del mundo en esa… profesión. Al menos, hasta ahora así lo ha venido demostrando…

—Pues no debe ser tan buena cuando usted ha podido disponer

de ella con tanta facilidad. A menso, claro, que usted sea mucho mejor que ella, en cuyo caso, ella no sería lo mejor en espionaje, sino usted.

Padre de Cien Hijos quedó pensativo, fruncido el ceño. Se estaban acercando a la costa, al lugar donde estaba esperando el pesquero. No tardarían ni cinco minutos en llegar. Al volante un chino, atento al manejo del coche por el incómodo camino que, además, tenían que recorrer sin luces…

—Sí —susurró por fin el viejo chino—. Entiendo perfectamente su lógica, general. Y para ser sincero, estoy… inquieto. Además, no debí decirle a ella que no tenía a sus compañeros. No… No debí decírselo. Ahora es una gata solitaria que sólo tiene que pensar en sí misma. Claro que yo también soy un viejo gato difícil de sorprender, pero… Cuanto más pienso en todo lo que he oído sobre esa mujer, más me preocupo.

—Pues mátela.

—Creo que será lo mejor. A fin de cuentas, la recompensa es la misma si la entrego viva que muerta. ¿Por qué complicarme la vida, yo que siempre evito toda clase de molestias? Sí… La mataré en cuanto lleguemos al barco.

—Recuerde que antes quiero hablar con ella.

—No se preocupe. Iremos los dos a verla, usted le pregunta lo que quiera, para su tranquilidad, y luego la mataré… No es cosa de vacilar por nada, ahora. A mi edad, la vanidad ya no es una dificultad para pensar con sentido común: si tanto dicen de ella, tiene que ser verdad. No… Nada de riesgos.

—Estamos llegando —dijo el chino que conducía.

Nemesio Lucientes y Padre de Cien Hijos quedaron silenciosos. Poco después, el coche se detenía. El conductor paró el motor y entonces oyeron el rumor del mar.

—¿Qué pasa? —Se inquietó Lucientes.

—No podemos seguir más con el coche —dijo el chino del volante—. El resto del camino hay que hacerlo a pie.

—Haz las señales —dijo Padre de Cien Hijos.

El joven chino hizo las señales con las luces del coche. En la oscuridad del mar, no muy lejos de la costa, brilló otra luz más pequeña por dos veces, luego dos veces más.

—Todo está bien —dijo el joven chino—. Envían la barca a

buscarnos. ¿Llevo este maletín al barco, o lo dejo aquí?

—Dámelo; viajará con el cadáver de Baby; les resultará interesante en Pekín.

Salieron los tres del coche. El joven chino le entregó el maletín rojo con florecidas azules a Padre de Cien Hijos, al cual ayudó a caminar en la oscuridad hasta la rocosa playa. Tuvieron que esperar en ésta un par de minutos antes de que apareciese la barca, impulsada a remos por un solo hombre. El joven chinó tiró de la proa, de modo que el viejo chino pudo pasar a la pequeña embarcación sin mojarse, emprendieron la marcha inmediatamente hacia el pesquero, al cual llegaron en otro par de minutos. No había una sola luz a bordo cuando los tres hombres emprendieron la ascensión, no sin dificultades, por la escala de cuerdas. Luego lo hizo el encargado de la barca, que quedó flotando con suavísimos balanceos, amarrada al pesquero…

—Llevarnos a donde está la mujer —dijo Padre de Cien Hijos.

Bajaron al interior del pesquero y uno de los dos hombres que acompañaban a los recién llegados abrió una puerta, la empujó y señaló su interior.

—¿Está cubierta bien la portilla? —pregunté el viejo.

—Sí, sí. Pusimos las tablas en cuanto anocheció, por si podía escapar afuera alguna luz…

—¿Qué hace la mujer?

—Nada. La encontramos tirada en el suelo, no en la litera donde la habíamos puesto. Pero nos aseguramos de que estaba bien atada… No hay ningún peligro.

—Enciende la luz.

La luz fue encendida y Padre de Cien Hijos y Nemesio Lucientes entraron en el sórdido camarote. En seguida vieron a la prisionera, tendida en una de las literas inferiores, parpadeando, deslumbrada.

—El general Lucientes quiere hacerle algunas preguntas —dijo Padre de Cien Hijos.

—Precisamente —sonrió la espía—, esta es mi hora de recibir a los amigos. Me complace que haya cumplido su palabra de visitarme en el barco, Hijo de Cien Padres. Oh, mi maletín… Gracias.

El viejo frunció el ceño, se volvió a sus hombres, y les hizo una seña. Salieron todos, cerraron la puerta, y la espía quedó bajo la

atenta mirada de los dos hombres. Nemesio Lucientes soltó un gruñido antes de preguntar:

¿Está usted trabajando para Porfirio?

—Así es —asintió Brigitte.

Lucientes respingó y se volvió vivamente hacia Padre de Cien Hijos.

—¡Ya le dije…!

—Cálmese, general —sonrió el anciano—. Es mentira, pero la señorita Tisdale-Montfort-Connors-Lafrance-Cherkova está haciendo lo posible para preocuparnos… ¿No es cierto, señorita Baby?

—No, no, Hijo de… de eso; he dicho la verdad, trabajo para el general Alcázar.

—¡Lo sabía! —exclamó Lucientes—. ¡Conozco bien a Porfirio, y sé que…!

—No sea absurdo —cortó irritado el viejo chino—. Eso no puede ser cierto. Primero, porque implicaría una colaboración entre la CIA y el general Alcázar, y sabemos que ni mucho menos el general Alcázar puede haber recurrido a la CIA para un asunto como este. Y en segundo lugar, la agente Baby jamás ayudaría a nadie a ganar una guerra.

—¿Cómo puede estar seguro de eso? —Se inquietó Lucientes—. ¡Si fuese Porfirio quien la ganase, sería él quien dispondría de los dos ejércitos, y no yo! ¡Entonces, él sería el que…!

—No hace falta que hable tanto —se irritó todavía más Padre de Cien Hijos—. Aunque, realmente, poco importa ya, puesto que vamos a matarla inmediatamente…

—No —dijo Brigitte.

—No… ¿qué? —sonrió mordazmente el anciano.

—No va a matarme, Hijo de Su Imperial Padre… Por la sencilla razón de que tengo una información para usted…, que sólo le facilitaré a cambio de mi vida.

—No me interesa nada de lo que usted pueda decirme —Padre de Cien Hijos sacó la pistola con silenciador y la apuntó.

—Está cometiendo un error —aseguró fríamente la mejor espía del mundo—. Si consultase el *I Ching* se convencería de ello. ¿Por qué rechaza la posibilidad de que una espía de mi categoría tenga algo que sólo le interesaría grandemente?

—¿Qué es lo que sabe usted?

Brigitte parpadeó. Miró a Lucientes, volvió a mirar a Padre de Cien Hijos y musitó:

—Nada… En realidad, nada.

Ahora fue Padre de Cien Hijos quien miró desconcertado a Lucientes, que aún lo estaba más que él. De nuevo se frunció su ceño al volver a mirar a Brigitte.

—¿Qué espera conseguir con esta actitud enigmática? No sólo no tiene nada que decir, sino que además podría obligarla a hacerlo a mi comodidad.

La superespía volvió a mirar a Lucientes, con cierta prevención, como recelosa, y permaneció en silencio. Padre de Cien Hijos miró de reojo al cada vez más desconcertado general, y otra vez a Brigitte que, prietos los labios, persistía en su silenciosa y, ciertamente, enigmática actitud. El viejo chino se acercó a ella y se inclinó amenazadoramente sobre el hermoso cuerpo tan sólidamente atado.

—¿Qué es lo que sabe que pueda…?

Milagro.

Las cuerdas que sujetaban a la señorita Montfort saltaron por el aire, apareció la mano izquierda de la espía, que apartó la derecha del chino armada con la pistola y, simultáneamente, aparecía también la derecha de Baby, empuñando la reluciente hoja de acero, que se hundió con amortiguado chasquido en la garganta de Padre de Cien Hijos, el cual cayó hacia atrás, muerto fulminantemente, sin un gemido.

Nemesio Lucientes sólo había tenido tiempo para respingar cuando la señorita Montfort le apuntaba ya con la pistola del viejo chino, cambiada velozmente por su arma de acero. Y mientras apuntaba al petrificado, atragantado, aterrado general Lucientes con la mano derecha, con un dedito de la izquierda colocado verticalmente tocó sus hermosísimos labios.

—Ssst, general… Silencio.

Inmóvil y lívido como un muerto, helado de espanto, Nemesio Lucientes contemplaba a la bella jovencita, que había ladeado la cabeza y parecía escuchar muy atentamente.

—Yo diría que no hay nadie cerca —susurró—. Tengo un oído finísimo, general. Bueno: ¿empezamos el consejo de guerra?

Nemesio Lucientes quedose aún más lívido. Abrió la boca, pero

ni un solo sonido brotó de ella.

—Sí, hombre —insistió a espía—. Es lo que se hace con los militares, ¿no? Pues bueno: yo lo he juzgado, lo encuentro culpable y lo condeno a morir fusilado. ¡Aaaapunten! —Alzó la pistola de Padre de Cien Hijos—. ¡Fuego!

Plop.

Y así murió Nemesio Lucientes. Recibió el balazo en pleno corazón, murió en el acto, dio un paso atrás, pareció rebotar hacia delante, cayó de rodillas y luego de bruces.

Baby dejó la pistola en el suelo y recogió su daga… Una daga especialísima. El mango era un tubo de acero de poco más de un centímetro de diámetro y cinco de longitud; la afilada hoja, en forma de arco, salía del borde por una delgadísima ranura… La espía limpió la sangre en las ropas de una de las literas, apretó la base del tubo de acero y la hoja desapareció en su interior. Volvió a apretar y una pequeña tapa, también circular, salió impulsada hacia arriba; invirtió el tubo de acero y varias pequeñas ampollitas de cristal de colores se deslizaron hacia la palma de su mano izquierda. A elegir: ¿gas narcótico? ¿Gas mortal? ¿Explosivo incendiario? Pero no. Por aquella vez, el fantástico tubito de acero ya había demostrado su utilidad convirtiéndose en daga de hoja curvada. Volvió a colocar las ampollas dentro, lo cerró y se lo guardó allá donde, ciertamente, los hombres de Padre de Cien Hijos no habían podido registrarla, Un truquito de presidiarios que ya había utilizado anteriormente pero, como dice la sabiduría oriental: el inteligente aprende hasta del loco.

Dejó caer las faldas, recogió la pistola de Padre de Cien Hijos y se acercó a la puerta. Sí… Silencio. Se acuclilló ante su maletín, lo abrió y lo examinó rápidamente.

—Muy amable —musitó mirando hacia el cadáver del viejo chino—. No falta ni una horquilla.

Sacó un tarro que, según la etiqueta, contenía crema facial, y la sacó con dos dedos. Era crema facial, desde luego, pero sólo la primera capa. Lo demás era explosivo plástico, que adhirió a la pared del camarote, cerca de la puerta y tocando el suelo. De un gracioso estuche pintalabios, sacó un diminuto detonador y lo hundió en la carga. Finalmente, con un alfiler, perforó el extremo visible del pequeño detonador, que se había puesto en marcha.

Tenía cinco minutos de tiempo para abandonar el barco.

Apagó la luz del asqueroso camarote, se acercó a la portilla cegada por tablas y quitó éstas de sus soportes. Sabía ya que podía salir por una portilla corriente, así que no se preocupó lo más mínimo a pesar de que aquélla parecía de menos diámetro. Se pasó el asa del maletín por la muñeca izquierda y sacó este brazo al exterior, hacia la oscura noche; luego, subió más el maletín, hasta que el asa rebasó el codo; dobló entonces este brazo, para asegurarse de que el maletín no escaparía y sacó el otro… Como si fuesen tirando de ella por el exterior, la señorita Montfort pasó por el estrecho círculo, al cual, finalmente, quedó sujeta por las manos… Arriba, las estrellas. Abajo, a menos de un palmo de sus pies, el mar, reflejándolas. Se soltó y su cuerpo, perfectamente vertical, se hundió en el agua con leve chapoteo. No más fuerte, desde luego, que el normal del agua contra el casco del pesquero.

Sin la menor dificultad, la señorita Montfort reapareció en la superficie y comenzó a nadar hacia la costa, perfectamente diferenciable del agua porque no brillaba como ésta. Estaba ya a más de cien metros cuando se volvió.

—¡Ah, del barco! —gritó—. ¡Tienen sólo un minuto para saltar al agua!

Seguramente no la entendieron, pero su voz sí debió llegar al pesquero. En alguna parte apareció una luz. Se oyeron voces, con toda nitidez. La espía continuó nadando, alejándose…

Y de pronto, el mar se alzó en una columna de agua espumosa, roja debido al tono de la explosión del plástico y de las municiones «de muestra» que transportaba el pesquero. Una columna roja, amarilla, morada, negra, ascendió llevándose los pedazos del pesquero, esparciéndolos por el mar que, finalmente, los engulló.

Capítulo VIII

—Buenos días, general Alcázar —saludó la bellísima señorita Montfort—. Ha sido usted muy amable al recibirme.

Porfirio Alcázar dirigió una expresiva mirada a su ayudante de campo, el coronel Juan Luis Valero.

—Se lo debe usted al coronel Valero, señorita Montfort. Ha insistido tanto en su favor, que no he podido negarme. Entiendo que desea usted hacerme una entrevista para su periódico.

—Me gustaría mucho, general.

Porfirio Alcázar asintió con la cabeza, miró al joven oficial de la guardia que había llevado a la señorita Montfort hasta su despacho tras recibir autorización, y dijo:

—Puede retirarse. Le llamaré luego para que acompañe a la señorita.

El oficial saludó y se retiró, cerrando la puerta. Inmediatamente, la expresión de dos de los personajes cambió. La del coronel Valero se tornó sombría, y la del general Alcázar expectante, inquieta. La de la señorita Montfort permaneció inalterablemente amable y sonriente.

—Bien, ya estamos solos —murmuró Alcázar—. ¿Qué tiene usted que decirme tan importante como ha asegurado Valero?

—Ya sé que las nueve de la mañana no es hora para dar malas noticias, pero… Bueno, supongo que ninguna hora es buena para dar malas noticias, pero como retrasarlas no evitan la realidad, creo que cuanto antes lo hagamos será mejor. Por otra parte…

—Oiga, ¿de qué está hablando? ¡Vaya al grano de una vez!

—De acuerdo: tengo el gran placer de comunicarle que su amigo y colega, el general Nemesio Lucientes ha fallecido esta noche, fusilado.

Las palabras de Brigitte Montfort parecieron ir golpeando la frente de Porfirio Alcázar, que había palidecido y parecía no

entender bien todo aquello. ¿Habían fusilado a Nemesio? ¿Y aquella mujer decía que tenía «el placer» de comunicárselo?

—¿Está loca? —estalló por fin.

—Vulgarísima actitud ante hechos que no comprendemos, general Alcázar. Yo creo que no estoy loca.

—Pe-pero… pero, ¿qué dice de fusilamiento y…?

—¿Sabía usted, general, que su amigo Nemesio estaba en óptimas relaciones con un chino que, al parecer, se llamaba Padre de Cien Hijos? Y perdóneme si no sé decir eso en chino.

Alcázar se volvió hacia Valero.

—¿Pero qué dice esta mujer? —exclamó.

Juan Luis Valero, cada vez más sombrío, bajó la mirada. Brigitte lo miró, plácidamente, y dijo:

—El coronel Valero está todavía demasiado impresionado por lo que fui a contarle esta madrugada, general. No acaba de creerlo. Espero que entre los dos podamos convencerlo.

—Convencerlo…, ¿de qué?

—Vamos a ver si, de una vez, dejamos la cosa bien clara. En esta guerra, se estaban ustedes jugando el destino de Honduras, Guatemala, El Salvador y, según creo, Belice.

—Era sólo un juego, una apuesta que…

—Bueno, realmente, nadie podía dudar de que se trataba de una guerra de salón, no hay por qué matar a nadie, y han muerto varios hombres en la… preguerra. Uno de ellos, un agente de la CIA, y eso, general, es algo que yo nunca perdono. Nunca.

Si no lo hubiesen matado a él, quizá a estas horas yo estaría en Estados Unidos, tan tranquila, y ustedes podrían seguir con su guerra. Pero…

Brigitte dejó de hablar. Encendió un cigarrillo, volvió a mirar amablemente a Juan Luis Valero, y prosiguió:

—Pero, general, el hecho cierto es que me habían matado a un compañero, así que, en lugar de regresar a casa con los cuatro que aún quedaban con vida, decidí permanecer en Tegucigalpa. Y tuve oportunidad de seguir adelante con este asunto, si bien pasé momentos un poco apuradillos, para qué voy a negarlo… Por fortuna, yo siempre…, o casi siempre voy bien preparada para cualquier contingencia, porque si no fuese así, más me valdría no salir de casa y dedicarme a cuidar jilgueros, flores…

—¿Me está tomando el pelo? —Se puso en pie bruscamente el general—. ¡Hable claro de una maldita vez y déjese de tonterías!

—Muy bien: su amigo Nemesio estaba dispuesto a traicionarle, general.

—¿Traicionarme?

—Sí, eso he dicho. Y no me refiero a esa tontería de sobornar a Santiago Pérez, no, ya que usted también habría podido recurrir a pequeños trucos como ese. De lo que se trataba era de vencerle a usted empleando cualquier método, fuese como fuese, y así sería él quien quedaría al mando de los dos ejércitos… ¿Voy desencaminada, general?

Porfirio Alcázar estaba lívido.

—Siga —alentó apenas.

—La cosa es sencilla, una vez se ha pensado detenidamente en ella, en palabras que unos dicen por aquí y otros por allí… Yo tenía que llegar forzosamente a una conclusión: usted y su amigo Nemesio se estaban jugando, en esta guerra de salón, el mando de los dos ejércitos, el de Honduras y el de Guatemala. El que perdiese la guerra de salón pondría a disposición del otro su ejército o, claro, la parte de éste que le permaneciese fiel cuando llegase el momento de invadir El Salvador… Con ese doble ejército que, jugando, multiplicaban por cien, uno de ustedes, el que ganase la guerrita en cuestión, se apoderaría militarmente de Guatemala, Honduras…, y aprovecharían para invadir El Salvador. Resultado: el vencedor de la guerra de salón quedaría dueño y señor de tres países, y el otro, pues… sería su general, su segundo, o algo así… ¿Correcto, general?

—¿Cómo ha podido usted saber eso?

—Muy sencillo…, pero pensando, claro. La clave me la dio, sin embargo, unas palabras del fallecido general Lucientes. Dijo que si usted ganaba la guerra de salón, sería el que dispondría de los dos ejércitos… Entonces lo comprendí todo. Usted y él, simplemente, se estaban jugando el mando supremo. El que ganase, sería el que luego, en la realidad, mandaría los dos ejércitos, para apoderarse, como ya he dicho, de Guatemala, Honduras y El Salvador militarmente. Pero… al parecer, el general Lucientes no estaba dispuesto a correr ninguna clase de riesgos, así que aceptó la… colaboración de un personaje que dijo llamarse Padre de Cien Hijos

y que, en resumidas cuentas, era un importante agente chino. Objetivo del servicio secreto chino: apoyar a Lucientes, conseguir como fuese que éste ganase la guerrita y, de este modo, más o menos pronto, sería presidente de los tres países fusionados por la fuerza de las armas…

—¡No hay armas suficientes para…!

—Las habría habido, porque China pensaba enviárselas a Lucientes para que… arrollase todo a su paso. Muy bien, coloquemos a Nemesio Lucientes en la presidencia del triple país. ¿Qué cree que seguiría luego?

—No lo sé.

—Pues que Nemesio Lucientes tendría que… pagar la ayuda prestada por los chinos. ¿Dinero? Claro que no… Pero sí bases de todas clases, infiltración masiva de las ideas de Mao…, etcétera, etcétera. Y todo esto, ¿sabe por qué, general?

—¿Por qué?

—Por la ambición de ustedes dos. Ambición que los agentes chinos husmearon, debieron sondear a Lucientes y, en fin, llegaron a un acuerdo con él.

—El muy cerdo…

—¿Y usted qué es? ¿Qué se considera a sí mismo? —cortó gélidamente la espía.

—¿Yo?

—Usted. Por el amor de Dios, ¿qué es lo que querían? ¿Poder? ¿Dinero?

—Ambas cosas Nuestras oportunidades militares nunca han sido importantes, queríamos demostrar que servíamos, que no éramos unos inútiles, que podíamos hacer la guerra, dominar, vencer… Y los dos estábamos dispuestos a ello. ¡Era una guerra en firme, en toda la línea! ¡Y primero sobre la maqueta, y luego sobre el terreno teníamos que demostrar lo que valíamos, apoderándonos de tres países, y…!

—Está loco —jadeó Valero, con los ojos desorbitados—. ¡Está completamente loco!

—Yo no lo creo así —opinó Brigitte—. ¿Verdad que no está loco, general?

—Me parece que no —sonrió torcidamente Alcázar.

—O lo estoy yo, entonces —insistió Valero—. No he sospechado

nada en ningún momento, no he pensado siquiera en una posibilidad semejante… ¡Por Dios, tiene que estar loco, para utilizarme a mí como ayudante de campo!

—Ni mucho menos, coronel Valero —musitó Brigitte—. Usted es joven, comparado con él, tiene ideas más frescas, conocimientos más actuales… Estoy segura de que el general Alcázar ha estado teniendo de usted una magnífica ayuda estratégica. ¿No es así, general?

—Desde luego —sonrió cada vez más torcidamente Porfirio Alcázar.

—Pe-pero… yo no… ¡Yo no me habría prestado nunca a asesorarle en una guerra de verdad, jamás habría…!

—Es tonto —dijo casi riendo perversamente Alcázar—. ¡Es tonto!

—Quizá lo sea un poco —admitió Brigitte—. Por lo menos, bastante ingenuo, por no comprender que, cuando ya la guerra real estuviese en marcha, el coronel Valero no podría dar opiniones al respecto, ya que… habría fallecido víctima de un lamentable «accidente»… ¿Correcto, general?

—Correctísimo.

Juan Luis Valero había quedado blanco como el más blanco papel.

—¿Me habrían asesinado? —jadeó.

—Ahora, es listo —dijo Alcázar.

—Traidor —Valero comenzó a temblar violentamente—. ¡Asesino, traidor, canalla…!

—No perdamos los modales —recomendó la divina espía—. Bien, creo que la reunión ha terminado. Ha sido usted muy amable al recibirme, general Alcázar. Y claro está, me ocuparé de que un artículo sobre usted aparezca en las páginas de cierto periódico de mi país… No para satisfacción suya, sino para justificar mi estancia, mi paso por Tegucigalpa. No quisiera que me relacionasen de un modo directo con los hechos.

—Lo ha hecho usted muy bien —murmuró Alcázar—. Muy bien, señorita Montfort.

—Agradezco su elogio. Adiós, general.

—Adiós.

Valero miraba de uno a otra como si ambos estuviesen locos.

—¿Cómo, adiós? —Casi gritó—. ¡Esto hay que arreglarlo inmediatamente! ¡Hay que…!

—Lo mejor, coronel, será que usted me acompañe hasta la salida —dijo suavemente Brigitte—. Luego, ya se las arreglarán ustedes para encontrar una solución… más o menos satisfactoria. Le ruego que me evite presenciar lo que suceda aquí; sería muy violento para mí. ¿Cierto, general?

—Cierto —murmuró ahora sombríamente Alcázar.

—Si intenta escapar… —Miró Valero amenazadoramente a su general.

—No tema —le interrumpió la superespía—: ya verá como cuando usted regrese a este despacho, el general no se habrá movido de aquí. ¿Nos vamos?

Salieron del despacho, cruzaron el vestíbulo, salieron al jardín. Delante de la casa, estaba el oficial de guardia, que enrojeció al verlos.

—Mi coronel, yo estaba esperando para acompañar a la señorita…

—Es de agradecer, pero la señorita Montfort ha merecido la máxima aprobación del general, y me ha pedido que sea yo quien…

¡Pack!, restalló fuertemente el disparo en toda la casa.

Valero respingó, el oficial respingó, los soldados que había cerca respingaron, todos sobresaltados. Pero la señorita Montfort no se alteró lo más mínimo…

—¡Ha sido en el despacho del general! —aulló el oficial, echando a correr hacia allí, seguido por los soldados de la guardia.

Valero intentó hacer lo mismo, pero la agente Baby le sujetó por una manga, y dijo reposadamente:

—Lo malo de las guerras, y tienen mucho de malo, es que a veces nadie sabe cómo terminarlas, y, desde luego, si terminan, nunca es a gusto de todos. No a gusto de nadie. Pero, coronel, alegrémonos: la guerra, esta vez, ha terminado antes de empezar. Adiós.

Este es el final

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de Nueva York de la CIA, apareció en el salón del lujoso apartamento de la mejor espía del mundo, y tiró un ejemplar del «Morning News» sobre la mesita donde la espía tenía una copa de champán…, con guinda, naturalísimamente.

—Magnífico —aprobó—. Absolutamente magnífico su modo de explicar el suicidio del general Alcázar, Brigitte.

—Gracias, tío Charlie. ¿Gusta un poco de champán?

—Claro que sí —Pitzer se sentó delante de Brigitte y la estuvo contemplando mientras ella le servía—. Caracoles, hijita: cada día estoy más satisfecho de haberla echado a usted al mundo.

La guapísima se quedó mirándolo atónita.

—¿Cómo dice? —exclamó—. ¿Qué usted me ha… echado al mundo?

—Eso he dicho, sí, señorita.

—Pero tío Charlie… Bueno, empleando esos términos vulgares de… «echar al mundo», y que yo interpreto por dar a luz, por tener un hijo, dudo mucho que usted esté en condiciones de semejante cosa… Vamos, quiero decir…

—Me refiero a haberla introducido como espía.

—Aaaah… Caramba, me había asustado, francamente. Pero, en definitiva, ¿por qué sorprendernos de mí… habilidad? Soy hija de una espía y de un estratega militar. Yo diría que es una mezcla terriblemente explosiva… ¿O no?

—Seguro que sí. ¡Caramba, estoy contentísimo!

—Lo estoy notando. Y eso, ¿por qué? ¿Porque la CIA ha evitado una guerra?

—No, no, no… Bueno, eso también me satisface, aunque usted no se lo crea, querida… Lo que más feliz me tiene es la ausencia de ese pedazo de piedra, de ese elefante que…

—¿A qué se refiere?

—A Minello. Me alegro de que no esté… ¿Qué le pasa?

—¡Dios mío! —Brigitte se había puesto en pie de un salto—. ¡Olvidé que Frankie debe estar esperándome en el mejor hotel de Tegucigalpa! ¡Le dije…! Oh, por Dios, lo olvidé…

—Bueno —Pitzer sonrió malignamente, acomodándose como un rey en su trono—. Déjelo esperando una temporada. Es un privilegio esperarla a usted… Lo malo —pareció asustarse— es cuando usted aparece sin que nadie la esté esperando…

FIN